

Congregación de los Sagrados Corazones
de Jesús y de María



Mayo 2010

21

Com-Union



***El ministerio
sacerdotal SS.CC.***

.

Índice

INTRODUCCIÓN: EL MINISTERIO SACERDOTAL SS.CC.	5
SIGNIFICADO DEL LOGO	7
NUESTRO HERMANO DAMIÁN DE MOLOKAI: CÓMO VIVIÓ Y EXPRESÓ SU MINISTERIO SACERDOTAL <i>Amanda María Sologuren ss.cc.</i>	8
REFLEXIONES SOBRE EL SACERDOCIO EN ASIA <i>David P. Reid ss.cc.</i>	12
LA MISIÓN FUNDAMENTAL DEL SACERDOTE SAGRADOS CORAZONES EN UN MUNDO NO CRISTIANO: INDIA <i>Rose Keanu Reeves ss.cc.</i>	15
SIGNIFICADO E IMPLICACIONES DEL MINISTERIO SACERDOTAL SS.CC. EN EL MUNDO DE HOY <i>Ramón Mera García ss.cc.</i>	17
COMENTARIOS SOBRE ALGUNOS ESCRITOS DE LA BUENA MADRE, HENRIETTE AYMER, DIRIGIDOS A SUS HERMANOS SACERDOTES <i>Paula Teck ss.cc.</i>	20
ESTEBAN GUMUCIO SS.CC.: ENTRE LOS BIENAVENTURADOS DE JESÚS <i>Enrique Moreno Laval ss.cc.</i>	26
MISIÓN DEL SACERDOTE SS. CC. EN UN MUNDO NO CRISTIANO: INDONESIA <i>Renni Magdalena Nahampun ss.cc.</i>	29
EN EL CORAZÓN DEL SACERDOCIO: 6REFLEXIONES SOBRE EL SACERDOCIO SS.CC. <i>Michael Ruddy ss.cc.</i>	31

MI EXPERIENCIA COMO LAICA SS.CC. ACOMPAÑADA POR LOS HERMANOS SS.CC.	34
<i>Claudia Metz</i>	
EXPERIENCIAS DE LA VIVENCIA DEL MINISTERIO SACERDOTAL DESDE LA VOCACIÓN SAGRADOS CORAZONES	36
<i>Peter Egenolf ss.cc.</i>	
EL MINISTERIO SACERDOTAL SS.CC. EN ÁFRICA	39
<i>Thérèse Kabina Nyindu ss.cc.</i>	
EL BUEN PADRE COMO SACERDOTE, EJEMPLO PARA VIVIR EL SACERDOCIO SS.CC.	41
<i>José Luis Pérez Castañeda ss.cc.</i>	
38 AÑOS DE RELACIÓN CON LOS SACERDOTES SS.CC.: TESTIMONIO DE JUAN BOREA ODRÍA – PERÚ	45
<i>Juan Borea Odría, Perú</i>	
EL SACERDOCIO EN EL P. MATEO	48
<i>Jan Forma ss.cc.</i>	
¿CÓMO ES VISTO EL SACERDOTE POR LAS DIFERENTES CULTURAS?	51
<i>Inés Gil Antuñano Vizcaino ss.cc.</i>	
EL MINISTERIO SACERDOTAL SS.CC. EN UN MUNDO NO CRISTIANO COMO EL JAPÓN	53
<i>Nelson S. de Souza, ss.cc.</i>	
EL AHORA DE LA NOCHE OSCURA DE LA IGLESIA COMO POSIBILIDAD DE REDENCIÓN	56
<i>Arley Guarín Sosa ss.cc.</i>	

Introducción

El ministerio sacerdotal SS.CC.

Abril 2010

Queridas hermanas y hermanos:

El presente número de la revista Com-Unión está dedicado al sacerdocio ministerial, vocación que dentro de la vocación general de la Congregación, ha sido característica de la rama de los hermanos desde sus orígenes.

Sacerdote era el Buen Padre, antes de ser fundador, y como sacerdotes intuyó a los hermanos cuando en la Motte d'Usseau tuvo la visión que consideramos la inspiración de nuestra Congregación.

Si es verdad que por el bautismo hombres y mujeres hemos sido incorporados a Cristo, sumo sacerdote, y formamos parte del Pueblo sacerdotal de la Nueva Alianza, otorgándonos a todos los miembros por este hecho una común dignidad e igualdad fundamental, se requieren, no obstante, diferentes servicios y ministerios para el bien común de todos los bautizados.

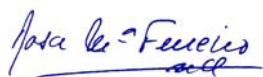
Aquellos que reciben el sacramento del orden son configurados con Cristo mediante una gracia especial del Espíritu Santo para servirle mediante la predicación de la Palabra y la dispensación de la gracia que se nos da en los sacramentos y nos mantiene unidos, como cuerpo de la Iglesia, a Él nuestra cabeza.

La vocación sacerdotal conlleva una llamada al seguimiento de Cristo de especial radicalidad, ya que los sacerdotes están puestos en medio del Pueblo de Dios para ser los mediadores de su gracia, guías expertos en el camino hacia Él y los pastores encargados de velar por su grey.

En la congregación tenemos testimonios de hermanos que han vivido en plenitud esta vocación, dentro de la vocación SS.CC., con matices distintos y muy propios en cada caso según carismas personales. El Buen Padre, el P. Damián, el P. Eustaquio, los mártires de La Commune en Francia, los mártires de España, los misioneros propagadores de la fe en países lejanos y tantos y tantos otros hermanos que han vivido su sacerdocio como párrocos o educadores de la infancia y juventud, han prestado y prestan un servicio a la evangelización como *'cocineros de los cristianos'* –expresión de Lutero–, encargados de disponer la mesa del Pan y la Palabra.

Estamos llegando al final de este año que el papa Benedicto XVI ha querido dedicar al sacerdocio. Este número de la revista pretende ser una modesta contribución que ayude a hermanos y hermanas a profundizar y difundir aspectos interesantes del tema del sacerdocio ministerial en nuestra Congregación.

Un afectuoso saludo en los SS.CC.



Rosa Mª Ferreiro ss.cc.
Superiora General



Javier Álvarez-Ossorio ss.cc.
Superior General



Significado del Logo



La iconografía corresponde a aquella del Sagrado Corazón, como hecho de que la Jornada anual de la santificación sacerdotal ha siempre coincidido, desde su institución, con la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Es por eso que inmediatamente presenta el tema de la específica santidad a la que es llamado el ministro sagrado.

La visibilidad del Corazón, que expande sus rayos, hace recordar la frase del Santo Cura de Ars, quien define el sacerdocio como “el amor del Corazón de Jesús”.

La estola, que reviste la figura de Jesús, lleva a considerar su Ser de Sumo y Eterno Sacerdote y el hecho de que todo presbítero debe constituir continuidad de aquel Único Sacerdote en la historia y entre las futuras generaciones.

Los brazos abiertos quieren manifestar la forma típica orante y de meditación, que son propias del sacerdote. Las llagas en las manos y en el costado, visibles en la figura del logo, recuerdan el único sacrificio redentor y quieren dar a conocer la satisfacción vicaria y la total entrega de sí, típicas en el sacerdocio. La actitud de acoger parece que quiere decir: “Venid a mi todos los que estáis cansados y oprimidos que yo os aliviaré”. Invitación consoladora para cada sacerdote, que sufre la fatiga del trabajo diario movido por la caridad pastoral, también en los campos más áridos y llenos de piedras y que, a su vez, muestra la misma actitud a favor de aquellos que le son cercanos, como de aquellos lejanos.

Nuestro hermano Damián de Molokai:

cómo vivió y expresó su ministerio sacerdotal

Amanda María Sologuren ss.cc.



Como conocemos a Damián, desde joven se forjó en la vida con seriedad y claridad en lo que quería ser y hacer y cuando se fue dibujando en él su vocación de un seguimiento radical a Jesús, fue descubriendo su deseo de entregarse a los hermanos. Estando ya como religioso de los SS.CC. encontró un campo inmenso donde hacerlo realidad. Se sintió llamado a hacer vida lo que dice Pedro: *“Apacentad el rebaño que Dios os ha confiado y cuidado de él no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por una vil ganancia, sino con generosidad; no como dictadores, sino como modelos para el rebaño. Y cuando aparezca el supremo pastor, recibiréis la corona imperecedera de la gloria”*. (1ª Pedro. 5, 2-4).

Si recorremos su vida de religioso, misionero, sacerdote y pastor, podemos ver que siempre siguió el estilo de pastor como Jesús y su fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia, como podemos descubrir hoy en tantos de sus documentos:

Así vive lo que les dice el Catecismo Católico a los sacerdotes:

“Por su ordenación, el presbítero recibe la potestad de celebrar la Santa. Misa, administrar los sacramentos del Bautismo, penitencia, extremaunción, así como también la de consagrar y bendecir... Jesucristo llama a su servicio a jóvenes de todos los pueblos y de todas las clases. Deben tener fe viva y piedad sincera y estar dispuestos a sacrificarse en el servicio de Dios y a trabajar por la salvación de las almas...”

Creo que es interesante ver, no sólo, cómo nuestro Hermano se da cuenta de la grandeza de su ministerio sino cómo también toma tan en serio el que hay que sacrificarse como su Maestro; también agradece a Dios el gran regalo de este don al ser él de una sencilla familia campesina.

Cuando se habla de las manos que bendicen impresiona pensar en cómo le quedaron a él sus manos con la lepra y cómo seguía bendiciendo con ellas con tanto amor y fe. En la Ordenación se les dice: *“Lo que bendigan esas manos quede bendecido; lo que consagren quede consagrado y santificado”*.

Y todo va marcando el estilo de pastor que Damián quiere ser. Como lo presenta el Obispo cuando lo va a dejar a Molokai: *“Hasta ahora, hijos míos, han estado solos, pero ya no lo estarán más. Les presento a un sacerdote que quiere ser un padre para Uds. Los ama tan ardientemente que, por la felicidad de Uds. y la salvación de sus almas inmortales, no duda en ser uno más de Uds. y pide vivir y morir con Uds.”* (10 de mayo de 1973).

Extraña leer estas palabras del Obispo, porque allí uno se da cuenta que ya desde el comienzo Damián estaba dispuesto a morir por ellos, que tenía muy claro a qué se exponía al ir a Molokai.

Y en palabras de él mismo en una carta: *“Yo, a mi vez, los quiero mucho, con gusto daría mi vida por ellos, como lo hizo nuestro Salvador. Por eso, no ahorro esfuerzos cuando hay que visitar enfermos a siete u ocho leguas”* *“Hay que acostumbrarse a viajar por tierra o por mar, a caballo o a pie...hay que aprender varias lenguas para hablar con toda clase de personas...”*

Descubrimos en la Conferencia de Aparecida, realizada en mayo de 2007, aspectos que ya Damián lo dijo en sus cartas: *“Los sacerdotes han sido llamado para **‘Estar con Jesús y ser enviados a predicar’**”* (Mc.3, 14). *“Si el sacerdote tiene a Dios como fundamento y centro de su vida, experimentará la alegría y la fecundidad de su vocación”* (Discurso inaugural del Papa Benedicto XVI).

Y él, en una de sus cartas: *“...Sigo siendo el único sacerdote de Molokai. El P. Columban y, últimamente el P. Wendelis son los únicos hermanos que he visto desde hace 16 meses. Como tengo mucho que hacer, el tiempo se me hace muy corto, el gozo y el contento de corazón que me proporcionan los Sagrados Corazones, hacen que me crea el misionero más feliz del mundo... (Y ya estaba leproso). Así que el sacrificio de mi salud que Dios ha querido aceptar para fructificar un poco mi ministerio entre los leprosos, me resulta después de todo muy liviano e incluso agradable, de forma que me atrevo a decir con S. Pablo: “Estoy muerto y mi vida está escondida con Cristo en Dios”.*

“El sacerdote debe ser ante todo un “hombre de Dios”

- *que conoce a Dios directamente,*
- *que tiene una profunda amistad personal con Jesús,*
- *que comparte con los demás los mismos sentimientos de Cristo.*

Sólo así el sacerdote será capaz de llevar a los hombres a Dios, encarnado en Jesucristo y de ser representante de su amor”.

Elijo este discurso del Papa porque aquí se nos hace ver lo grande de la vocación sacerdotal, pero no sólo por la elección que Dios hace por cada uno de ellos, sino por la gran unión a la que puede llegar el sacerdote si cree en la necesidad de estar siempre unido con este Señor de su vida. Qué bien hace leer en sus numerosas cartas, cómo Damián conservaba esta unión y cómo se esforzaba por usar los medios necesarios para ello. También es bueno ver cómo se adelantaba a su tiempo dando a los laicos la importancia que ellos tienen y haciéndolos conocer y cumplir también su hermosa misión.

Leemos en sus cartas: *“Sin el Santísimo. Sacramento una situación como la mía no se podría aguantar; pero, como tengo a Nuestro. Señor cerca de mí, siempre estoy alegre y contento y trabajo con entusiasmo por la felicidad de mis queridos leprosos”.*

Y hablando de los niños leprosos escribe: *“Aprenden bien el Catecismo, asisten cada mañana a Misa y al rosario por la tarde...”* No lo hace todo solo, sino que, sabe involucrar a los laicos en su trabajo pastoral y darles la formación que necesitan: *“Desde hace algún tiempo doy cursos de teología a los más instruidos de mis canacas. Su celo me es de gran ayuda para la formación religiosa de los nuevos convertidos. Como tengo que atender 4 capillas, ellos dan la enseñanza donde yo no puedo estar...”*

Continuo con el Discurso inaugural del Papa: *“Para cumplir su elevada tarea, el sacerdote*

- *debe tener una sólida estructura espiritual y vivir su vida animado por la fe, la esperanza y la caridad*
- *debe ser como Jesús, un hombre que busque, a través de la oración, el rostro y la voluntad de Dios...”*

Y leyendo sus cartas, en el día que llega a Molokai y en la soledad de la noche, cobijado bajo un pandano así reza al Padre: *“Dios sabe lo que es mejor para mi santificación y con esta convicción digo todos los días HÁGASE TU VOLUNTAD. Me abandono a la Providencia y encuentro mi consuelo en el único compañero que no me abandona: nuestro Divino Salvador en la Eucaristía”*.

En todo el mundo se conoce a Damián como el gran Don para la humanidad y la fuerza de su testimonio que es para todos; en el documento de Aparecida leemos: *“..El sacerdote no puede caer en la tentación de considerarse solamente un mero delegado o sólo un representante de la comunidad, sino UN DON para ella por la unción del Espíritu y por su especial unión con Cristo cabeza...”* (Nº 193). *“El sacerdote debe ser hombre de oración, maduro en su elección de vida por Dios, hacer uso de los medios de perseverancia como el sacramento de la confesión, la devoción a la Santísima Virgen, la mortificación y la entrega apasionada a su misión pastoral.”* (Nº 195)

Más que referirme a sus cartas, sé por la película de su vida, su increíble hazaña de confesarse a gritos desde una lancha cuando no lo dejaron subir al barco donde estaba su Superior Provincial y cómo siempre está pidiendo algún sacerdote para ese tan querido sacramento: *“El buen P. Columban viene cada 2 o 3 meses para confesarme y se vuelve”*.

Nuevamente hablando de los “laicos”: forma con ellos diferentes instituciones ya sea relacionadas con el culto a María o con los deseos de ayudar a otros; hoy día diríamos “según su carisma personal”...Y ese cariño por el Sacramento del Perdón también se lo comunica a sus queridos leprosos no sólo concediéndoselo sino estando siempre disponible para cuando ellos lo necesitaran.

Y sabemos que su vida no está privada de dolor, en esto lo dejó hablar a él: *“La terrible enfermedad amenaza con impedirme celebrar la Santa Misa y, como no hay otro sacerdote, me vería privado incluso de la comunión y del Santísimo Sacramento. Esta privación es lo que más me costaría y haría insostenible mi situación.”*

“Espero estar eternamente agradecido a Dios por este favor (de su enfermedad) . Creo que esta enfermedad abreviará un poco e incluso hará más estrecho el camino que me conducirá a nuestra querida patria. Con esta esperanza he aceptado mi enfermedad como mi cruz especial; procuro llevarla como Simón el Cireneo siguiendo las huellas de nuestro divino Maestro. Ayúdame con tus oraciones a obtener la perseverancia hasta llegar a la cima del Calvario”. *“...En lo que a mí se refiere, Dios sabe lo que más conviene a mi pobre alma: le dejo a El decidir si mis días deben ser más o menos...”*

“Cuando más cansado estoy, el domingo por la tarde cuanto más feliz me siento, sobre todo cuando alguna oveja perdida ha vuelto al redil del Señor... Amo mucho a mis pobres canacas por su sencillez y hago todo lo que puedo por ellos.” *“Cuando entro en una choza siempre comienzo ofreciendo el remedio que cura las almas. Sin embargo, quienes rechazan el auxilio espiritual, no se ven privados de la asistencia corporal que doy a todos sin distinción. Por eso, exceptuando un pequeño número de obstinados herejes, todos me miran como a un padre.”*

Siente una profunda devoción por María y es en el Santuario de N. Señora de Monteagudo que se despide de sus padres, llorando cuando miraba por última vez la iglesia: *“¡Qué pena!, es la última vez que veo el hermoso santuario de María. ¡Déjame (dice a su madre) que me llene los ojos!..”* Y en cuanto a su amor por la misión y su mortificación: *“No, yo no querría mi*

curación si su precio fuera irme de la isla y abandonar mis trabajos...Me quedo para siempre con mis leprosos”

Relaciono también su semejanza con Jesús Buen Pastor «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el asalariado, que no es el pastor ni el propietario de las ovejas, viendo venir al lobo deja las ovejas y huye, y el lobo ataca y las dispersa, porque es un asalariado y no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas y ellas me conocen a mí, igual que mi Padre me conoce a mí, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas”. (Juan 10, 11-15). Su ternura, dedicación y cariño como se relaciona con sus leprosos. Y el día de su muerte nos dice el P. Wendelin: “Murió sin esfuerzo alguno, como si se durmiera; se apagó dulcemente, después de haber pasado 16 años en medio de los horrores de la lepra. El buen pastor ha dado la vida por sus ovejas”.

Y sobre esto hoy nos habla el Documento de Aparecida en el N° 198: “El presbítero, a imagen del Buen Pastor, está llamado a ser un hombre de la misericordia y la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos particularmente de los que sufren grandes necesidades. La caridad pastoral, fuente de la espiritualidad sacerdotal, anima y unifica su vida y ministerio...”

Y con su creatividad trataba de solucionar las necesidades allí donde las encontraba: “Damián creó una banda de música y una coral, que sembraban de alegría la colonia de Molokai, y animaban Misas, procesiones y funerales.” “Hay apenas una lucecita de esperanza de que pueda restablecerme a no ser por un milagro; pero no quiero tentar al Señor, persuadido como estoy de que su santa voluntad es que muera de la misma manera y de la misma enfermedad que mis ovejas en la aflicción.”

“Construyó también casitas e hizo los ataúdes de los que morían sin recursos (se cree que llegó a unos 1800 ataúdes). Incluso él mismo cavaba las fosas”

Y él escribe: “Muchas familias de nuestros leprosos, al tener más necesidad de casa que de vestido, han puesto en mis manos sus pequeños ahorros...”

Escribe a su amigo, el pintor Clifford: “Cuando Ud. llegue presumo que habrá 1500 leprosos en nuestro asilo. Cada barco nos los trae por docenas. Tengo actualmente unos 60 muchachos leprosos, y todos viven en el jardín de nuestra iglesia...”

“Damián vela por todos los aspectos de la vida de sus leprosos: comida, vestido, vivienda y salud...Llega incluso a crear un almacén para vender a bajo precio. Hace al mundo entero constantes llamadas de solidaridad” lo que tuvo un eco impresionante especialmente en el mundo protestante: “Sólo un sacerdote católico ha penetrado en este infierno de los leprosos... Vive en medio de estos moribundos, de estos desesperados para llevarles los consuelos de la vida eterna... ¡Viajeros de todas las naciones, que pasan frente a la roca de Molokai, saluden!” (Dicho por un viajero alemán protestante en un diario de Berlín)

En cuanto a “promover la solidaridad” no nos extraña que se hable tanto de este misionero que se preocupó del más mínimo detalle, no sólo para ayudar, sino que también para que todo el mundo se preocupe y trate de ayudar, para contagiar a los demás. El tiene muy claro que no es sólo su deber, que todos somos responsables de ello.

Tenemos la certeza que Damián como religioso, misionero, sacerdote y pastor puede decir con San Pablo: “Me he hecho todo para todos a fin de ganarlos a todos para Cristo”.

Reflexiones sobre el Sacerdocio en Asia

David P. Reid ss.cc.



Escribir sobre el sacerdocio cristiano en Asia es una tarea de enormes proporciones. Escribir no siendo de Asia y teniendo poca experiencia de este mundo tan diverso culturalmente, es como lo de aquel proverbio de drenar de las aguas del mar con un dedal. Sin embargo, hay algo que invita irresistiblemente a este reto.

Antes que nada quisiera referirme a la hermenéutica de la retórica, lo cual es especialmente importante en el debate sobre sacerdocio. Para la Iglesia Católica Romana es casi imposible hablar de sacerdocio sin recurrir a la retórica de la figura de célibe masculino, que es la del sacerdote ministerial. La imagen siempre es justamente eso, y oscurece una discusión más profunda del sacerdocio de todos los bautizados vinculados con las funciones de profeta y rey. El contexto necesario se pierde en este retrato de tipo Hollywoodiense, al estilo del sacerdote que ya había hecho clásico Lacordaire, pero que se remonta a un tiempo incluso anterior.

Así, la discusión está cargada con un equipaje de siglos de antigüedad. Se complica aún más porque a través de las culturas la imagen del sacerdote, en contraste con la del "hombre santo", es la del poder, la posesión, el prestigio y el privilegio. Si uno objetara que esta imagen del sacerdocio es un producto de Occidente, sería una verdad a medias. Esta es la imagen importada en Asia, adaptado aquí y aún más complicada en la India, por ejemplo, por las castas y clases. Incluso en este Año Sacerdotal, las representaciones más vivas de lo que un sacerdote debe ser, se ponderan por esa imagen heroica de "santidad como soledad". Recuerdo un libro publicado en 2009, dedicado por entero a la espiritualidad del sacerdote, en el que el autor nunca menciona el sacerdocio de la comunidad, por no hablar de la comprensión misionera de la Iglesia como sacerdote, profeta y rey del mundo.

Pero hay esperanza... en el fracaso. La falta absoluta del Nuevo Testamento para presentar una imagen coherente de la reinterpretación del sacerdocio por la muerte y resurrección de Jesús es una bendición enorme. El desafío se da en cada edad y cada situación cultural: interpretar adecuadamente, en su tiempo y lugar, las riquezas inagotables de la acción del Padre resucitando a Jesús a la gloria y nombrándole sacerdote para el mundo. Cada situación y época debe invertir su propia retórica para proclamar esta verdad maravillosa en la reconfiguración de sus instituciones y costumbres. "¿Quién decís que soy yo?"

En la llamada Asia no cristiana, ¿quién decimos que es Jesús, el Cristo, sacerdote, profeta y rey? Este no es el lugar para discutir la integración de las funciones de profeta y rey en la de sacerdote, sino que es el lugar para decir que el individuo conocido en Asia como sacerdote católico cristiano sólo se le entiende sirviendo al sacerdocio de los bautizados en el triple de diálogo de la religión, la cultura y la pobreza. La iglesia identifica su misión en Asia en este triplete, y sólo en ese contexto funciona el sacerdocio ministerial.

Elijo destacar diálogo que ha sido bien discutido desde Pablo VI y que ahora está felizmente unido a la palabra "salvación". El nuevo contexto es el "diálogo de la salvación", que en el pensamiento de Benedicto XVI abarca el empuje para un "desarrollo humano integral".

A esta mezcla se le añade un matiz particularmente importante en Asia. Si bien la reciente enseñanza católica ha hecho hincapié en que Jesucristo es nuestro único Salvador, el diálogo de la salvación, que consiste en escuchar a otras religiones, hace hincapié en que Dios es nuestro Salvador. Dios que los cristianos creen que salva a través de Jesús el Cristo. El diálogo con los judíos no es el único en ser atendido en este énfasis. El diálogo interreligioso es ayudado igualmente. Así como también lo es el diálogo interno en el movimiento cristiano, floreciendo actualmente en la recuperación de la fe trinitaria como elemento central de su credo. ¡El Dios de todos nosotros es un Dios que salva!

En todo esto ¿dónde está el llamado sacerdote ministerial? Está llamado a ser un oyente, un partícipe en el diálogo, un facilitador. Si el mensaje es el medio, el diálogo no es la preparación, sino de hecho la proclamación.

El diálogo es asunto de palabras; el diálogo de la salvación es sobre la palabra de Dios. Esa palabra es el *dabar*, en sentido bíblico, palabra y obra, que tan pronto como se pronuncia se realiza (Isaías 55). Esto no es magia sino presencia; no es superstición, sino relaciones; no son signos, sino sacramentos; no es hacerse ilusiones sino esperanza. ¡Si a veces parece sin luz, entonces es la levadura!

El sacerdote ministerial alimenta el diálogo de la salvación que impregna las funciones de profeta y rey. Tanto esfuerzo como se vierte en la religiosidad y en la devoción, debe ser vertido en el fortalecimiento de las capacidades de los cristianos para participar en un vivo diálogo con la religión, la cultura y la pobreza. La homilía involucrará a la comunidad en esta conversación. El diálogo sobre la pobreza revelará la justificación demasiado fácil y las resistencias al progreso del status quo de la pobreza, así como la negativa a participar en lo que se haga en favor de un "desarrollo humano integral." Vivir el sacerdocio ministerial es equipar a los cristianos para vivir y a confiar en su consagración bautismal como sacerdotes, profetas y reyes en el diálogo de valores que informa los asuntos diarios de cada uno.

¿Dónde lleva todo esto los a SS.CC. en Asia, tanto religiosos como sacerdotes? Recuerdo una escena en mi vida, hace muchos años, en un seminario sobre dirección espiritual. El punto en discusión era que pocos de los bautizados tienen alguna vez la oportunidad de la dirección espiritual. Sin embargo, ese sería el derecho de una persona incorporada a Cristo según el nuevo Derecho Canónico. La pregunta concreta era ésta: ¿está prevista la dirección espiritual para cada persona bautizada en cualquier fin de semana en Manila? Si una Congregación religiosa se niega a recibir nuevos miembros si carece de formadores, ¿cómo puede la iglesia católica llamar a tantos al bautismo sin proporcionarles los medios para alimentar la nueva vida? Para algunos el Movimiento Carismático está llenado ese vacío, pero para la inmensa mayoría de cristianos católicos, que luchan a diario con los problemas particulares de Asia, hay poca o ninguna preparación para la participación en el diálogo de la salvación.

Hay mucho espacio para una educación de recuperación en la fe, para la formación de la conciencia, para el desarrollo de la imaginación y de la conciencia católica. En este sentido, el sacerdote ministerial SS.CC. está llamado a la cura de almas, a un cuidado correctivo y preventivo del cansado combate de hermanos y hermanas, a una aventura en el amor reparador.

Junto con la mención anterior de la homilía, es necesario también reflexionar sobre el precioso momento del diálogo llamado sacramento de la reconciliación, un momento único de relación de diálogo con la experiencia vivida por cada cristiano católico en el momento actual. San Juan Vianny sin duda se relacionaba con este momento de gracia cuando él se comprometía a diario en el diálogo de salvación con cada penitente. Pero el religioso de los Sagrados Corazones, que sirve como sacerdote ministerial, no puede ser un "llanero solitario". Su ministerio hay que verlo en el contexto del carisma vivido de sus hermanos y hermanas.

Si se necesita una aldea para criar a un niño, se necesitan a ambos, hermanos y hermanas de los SS.CC. en su propio diálogo de salvación, para llevar a las personas a este momento delicado de encuentro personal de diálogo con el Señor Resucitado. Vuelvo a la declaración resumen de los hermanos y hermanas durante el tercer Seminario de Misión en Asia, en Bandung, Indonesia, en marzo de 2009. Estoy encantado de oír que se hizo eco de las preocupaciones de esta reflexión sobre el sacerdocio. El punto # 4 dice lo siguiente: Nos comprometemos a ser una comunidad que participa activamente en la misión de Jesús, cerca de los pobres y los necesitados, llegando en solidaridad y compasión a las víctimas de las violaciones de los derechos humanos, formados para la justicia social y el trabajo en red con otros. Hacemos lo posible para potenciar a las personas, especialmente a las mujeres, a los pobres, los maltratados y marginados.

Yo desafío a cualquiera a decir que esta declaración no es a la vez fiel al discurso inaugural de Jesús en Lucas 4, sobre el ejercicio del sacerdocio ministerial y el de los bautizados, y a nuestro propio compromiso de amor reparador para con un "desarrollo humano integral."

¡Viva el carisma de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María!

La misión fundamental del sacerdote Sagrados Corazones

en un mundo no cristiano: India

Rose Keanu Reeves ss.cc.



Nuestros hermanos Sagrados Corazones han servido fielmente al pueblo de Dios en India, en las diócesis de Orissa y Kolkata, durante los últimos 30 años. La población católica es de un 2% en India. El resto de la gente practica el Hinduismo, Islam, Budismo y otras religiones menores. Aunque la población católica es sólo el 2%, el total de católicos es significativo, pues la población en India es superior al billón de personas. Obviamente esto supone un gran reto para nuestros hermanos Sagrados Corazones que quieren ejercer su ministerio en un mundo no-cristiano.

Los cristianos en India han sido y son perseguidos, especialmente en Kandhamal, un distrito del estado de Orissa, donde viven las familias de algunos hermanos y hermanas Sagrados Corazones. A la mayoría de los cristianos les dieron la oportunidad de renegar de su fe. Cuando desafiaron las órdenes de los fundamentalistas y rechazaron renunciar a su fe, los soldados actuaron peor que la Gestapo Nazi. Aquéllos que se resistieron fueron brutalmente asesinados: con espada, apedreados, quemados e incluso enterrados vivos.

Además de servir a los fieles en las parroquias de Orissa y Kolkata (West Bengal), nuestros hermanos que trabajan en el Instituto de Desarrollo Social Damián, se han unido a otras ONGs para ayudar y aliviar los sufrimientos de los cristianos en Kandhamal y otros lugares, distribuyendo medicinas y aportando sus servicios y recursos.

No todos los no-cristianos son fundamentalistas. Nuestros Hermanos, pues, intentan profundizar las relaciones con los no-cristianos a través de su cariño, amabilidad, preocupación y apoyo siempre que es posible, especialmente entre los enfermos de lepra. Como cristianos, se nos ha animado a expresar nuestra preocupación e interés en los festivales, oraciones y otros acontecimientos de otras religiones. Nuestros hermanos se toman esto seriamente y participan en algunos festivales hindúes, siempre con la precaución de no hablar sobre Jesús, María y otras enseñanzas católicas.

Por tanto, la misión fundamental de nuestros Hermanos Sagrados Corazones es vivir y testimoniar el amor compasivo de Dios, con amor, paciencia, fe, respeto, esperanza y entereza, trayendo a todos nuestros amigos no-cristianos al altar de la Palabra y la Eucaristía y ofreciéndolos a los Sagrados Corazones de Jesús y María.

En las celebraciones de la Eucaristía, Adoración y otros servicios, notamos que nuestros Hermanos incluyen conscientemente algunos artículos de nuestro Carisma, para mantenernos conectados con nuestra querida Congregación. Nuestros Hermanos se unen a nosotras en las celebraciones de nuestra Congregación: Sagrados Corazones, Fundadores, Damián, etc. Sin duda su cariño y preocupación por nosotras nos enriquece y manifiesta ese “espíritu de familia” característico de nuestra Congregación.

Además de su servicio sacramental, nuestros hermanos han ampliado su ministerio sacerdotal entre los pacientes de lepra, familias pobres y otra gente, a través de su cariño y respeto, devolviendo la dignidad a cada persona. Ellos han ofrecido su incansable servicio a los pobres a través de su ayuda, educación, etc, siempre construyendo amables y respetables relaciones de amistad con el Pueblo de Dios.

Estamos muy agradecidas por sus esfuerzos de compartir su ministerio sacerdotal con nosotros y esperamos que continúen atesorando su vocación única como sacerdotes, pero especialmente como sacerdotes Sagrados Corazones, viviendo el amor compasivo de Dios.

Para terminar, deseamos agradecer a nuestros Hermanos por su testimonio como verdaderos discípulos de Jesús y compartir su ministerio sacerdotal con nosotras. Les aseguramos nuestro cariño, apoyo y oraciones para que continúen contemplando, viviendo y anunciando el Amor Redentor de Dios.

Significado e implicaciones del ministerio sacerdotal SS.CC.

en el mundo de hoy

Ramón Mera García ss.cc.



A priori, el título de la presente colaboración parece prometer algo excesivo e inviable. Entre otras cosas porque *“el mundo de hoy”* no se deja captar ni describir con unos trazos simples y universales, y menos aún en el espacio de tres páginas. Además, la percepción que quien suscribe pueda tener acerca del *“significado e implicaciones del ministerio sacerdotal”* en nuestra Congregación quizá no sea compartida por otros muchos hermanos, habida cuenta de sus propias experiencias y, sobre todo, de la variedad de contextos en los que realizan su misión. Por ello, lo que sigue a continuación no deja de ser la expresión de una visión muy personal del asunto, que acaso represente las convicciones y los planteamientos de muy pocos. Con todo, ahí va.

Dando por sentado que nuestra espiritualidad se sintetiza en la conocida fórmula de *“contemplar, vivir y anunciar el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús”*, querría partir de ella para desarrollar algunas de las consideraciones sobre el tema propuesto. Sostengo, por tanto, para empezar, que forma parte de nuestro ministerio sacerdotal SS.CC. una oración personal de corte contemplativo, centrada sobre todo en la Adoración eucarística. La presencia real de Cristo en la eucaristía, reconocida y adorada de modo permanente por nosotros, nos irá transformando en hombres con un especial y profundo sentido del ser y proceder divinos. Y tanto si el medio socio-cultural en el que ejercemos nuestro ministerio es más secularizado como si lo es menos, la vida de una persona marcada hasta lo más hondo por su constante *“mirar”* a Dios siempre revertirá en un extraordinario servicio ministerial a los demás.

De ello se deriva, claro está, una existencia conforme a lo contemplado. No descubro a continuación nada nuevo, por supuesto, pero estimo que, a partir de lo dicho, la vida ministerial de un sacerdote de la Congregación de los Sagrados Corazones debiera caracterizarse, principalmente, por los siguientes rasgos: estar completamente expuesto en medio de la comunidad cristiana y de la sociedad a las que sirve; trabajar sin descanso por articular en los fieles una vida cristiana de honda raigambre personal, de sanas relaciones comunitarias y de creativo compromiso en relación con los pobres y los que no conocen el evangelio; cuidar al máximo su formación humanística y teológica, de forma que se halle capacitado para comprender mejor el mundo que le rodea y para anunciar con seriedad y calidad la verdad cristiana.

Supuesto lo anterior, todos podemos constatar que un sacerdote llega mucho más a los demás cuanto más se acerca a ellos. Parece una obviedad, una perogrullada. Pero estar cerca de la gente, a su lado, expuesto a sus dudas, necesidades e incluso ataques, y hacerlo desde una clara identidad de convicciones y tareas, no resulta nada fácil de lograr. Para ello hay que

armarse de mucha humildad y de una generosidad cuya seguridad sólo se puede alcanzar desde la fe que prestamos al modo de ser y de actuar de Cristo, que nos revela el Amor de Dios. Ser sacerdote de los SS. CC. implicaría, por ello, ser una persona que ama de verdad, de corazón, con madurez, sin miedo, a cuantos se ponen en contacto con él gracias a su ministerio. Calidez, delicadeza, amabilidad, acogida alegre, misericordia, ternura, comprensión, son algunas de las características que debieran formar parte de nuestro modo de ejercer el ministerio, a imitación del Corazón traspasado del Salvador.

La índole comunitaria de nuestra consagración religiosa y nuestro así llamado "*espíritu de familia*" también apuntan a cierto rasgo, que juzgo indispensable, de nuestro compromiso ministerial en el mundo de hoy. El sacerdote de los SS.CC. habría de ser un ministro y un maestro en el arte de crear comunidad cristiana. Lo podrá lograr sólo si está preparado y mentalizado para vivir con normalidad en su comunidad local y para trabajar en equipo junto con otros religiosos y con los seglares. Por eso considero que nuestro modo de actuar como ministros del Señor y de su Iglesia no ha de ser el de francotiradores aislados sino el de personas que quieren y saben programar, trabajar y evaluar con otros; en familia y creando familia.

Estimo que otra característica que no puede faltar en nuestra forma de ejercer el sacerdocio ministerial como religiosos de los SS.CC., por la que éste debe ser "*significativo*" en nuestro mundo de hoy, es la de un amor preferente por los alejados tanto de la fe en Jesús como de los bienes de la tierra. Ello implica una concepción esencialmente misionera de nuestra consagración sacerdotal y una praxis de la misma generadora de justicia y libertad. Este servicio a Cristo nos conducirá a desear llevarlo al corazón de los seres humanos, a buscar sin descanso nuevos discípulos para Él, al tiempo que nos hará especialmente sensibles a las necesidades de los que más sufren en sus carnes la pobreza, la desigualdad, la falta de libertad y de horizonte para a su propio y legítimo desarrollo.

En un religioso de los SS.CC. ser sacerdote debería implicar también, como auténtica expresión de su propia espiritualidad y carisma, el existir como alguien que, las más de las veces indefenso, emplea sus energías para "*reparar*" el pecado y el mal del mundo. Tanto en su oración personal, particularmente en la Adoración ante el Santísimo Sacramento, como en su forma de comprender el mundo y de afrontar las múltiples tareas propias de su ministerio, su corazón tendría que estar dispuesto a sobrellevar con amor, paciencia y humildad, desde una fidelidad inalterable a la fe, los fallos y pecados ajenos, en particular los de su propia Iglesia, al tiempo que a luchar sin descanso por sanar aquello que, estando en su mano poder hacerlo, destruye el proyecto de Dios en tantos de sus prójimos. Habrá de procurar encarnar el mensaje y el coraje misericordiosos de Jesús justo allí donde menos responsable se ve o se siente del mal y del pecado que le golpea y le interpela. Y todo ello desde la búsqueda sincera de una santidad personal que, siempre inalcanzable, testimonie con sencillez su íntima comunión con el amor y los sufrimientos de Cristo.

No quisiera terminar estas breves líneas sin aludir al "*celo apostólico*", que tanto caracterizó el quehacer sacerdotal de nuestro Fundador, el Buen Padre. Él nos dejó como herencia preciosa el testimonio personal de un trabajo evangelizador constante, esforzado, misionero, versátil y valiente. No fue un sacerdote acomodado ni acobardado. Su ministerio se convirtió en una forma de combate eclesial a favor de Cristo y de su evangelio, sin miedo a la

hostilidad o a la indiferencia. Algo de todo ello tendría que refulgir en nuestro compromiso sacerdotal al servicio de los hombres de hoy, sea cual fuere el ambiente social, cultural o político en el que lo ejerzamos.

Por otro lado, y para acabar ya, estimo que un sacerdote de los SS.CC. debería destacar por ser un ciudadano lo más *“normal”* posible en todo, también en aquello que no afecta directamente a sus funciones ministeriales: asequible, sano, equilibrado, interesado por todo lo humano, atento al mundo de hoy, con capacidad para un discernimiento personal algo más que suficiente en relación con lo que ocurre actualmente en el mundo de la cultura, de la política, de la economía, de la información, en otros lugares, etc. Ello requerirá de él una adecuada formación permanente, en la que el estudio, sobre todo de la teología, tendría que ocupar un lugar preeminente.

Comentarios sobre algunos escritos de la Buena Madre, Henriette Aymer, dirigidos a sus hermanos sacerdotes

Paula Teck ss.cc.



Una palabra a modo de introducción

Ante todo, quiero agradecer a los organizadores de ComUnion por esta iniciativa de reflexionar sobre el ministerio de los sacerdotes durante este año sacerdotal, siendo así que más de la mitad de los miembros de nuestra congregación han recibido las Órdenes. Vale la pena de que todas y todos recordemos su lugar, su función y nuestra corresponsabilidad para servir a la Iglesia y a la humanidad lo mejor posible en estos tiempos tan revueltos, con cambios rápidos, acelerados y profundos.

Agradezco el que me hayan invitado a leer y meditar algunas palabras de la B.M. dirigidas a sus Hermanos sacerdotes. Este trabajo de búsqueda me ha interpelado y dado ánimo para llevar conmigo en mi corazón y en mi oración de una manera más intensa a todos mis Hermanos sacerdotes. Espero que, al leer estos escritos de la B.M. otros muchos Hermanos, Hermanas y Laicos sientan la urgencia de apoyarse con más efectividad, como miembros de una misma familia, llamados todos a hacer amar a los Corazones de Jesús y de María.

Gracias también, a los archiveros de la Congregación que nos han dejado tantos documentos a nuestro alcance. De esta manera y aún viviendo en Maputo/Mozambique, he podido consultar con facilidad las cartas de la BM – LEBM 1-4. Están también los “Cuadernos de espiritualidad”, sobre todo el 10 bis, y el n. 15 de Friedhelm Geller que me han proporcionado un material bien interesante y, “La Bonne Mère – Sa vie” de Hilarion Lucas. Mi agradecimiento sincero a tantos hermanos y hermanas que dieron varios años de sus vidas para dejar a nuestro alcance todos los documentos esenciales de la Congregación...

Comentarios sobre la correspondencia entre la Buena Madre y el Buen Padre

¿Como no empezar por la correspondencia de la BM con el BP, primer sacerdote de la Congregación?

En sus numerosos billetes escritos por petición del BP, entre 1801-1803, la BM es realmente la Fundadora con el Fundador de la Congregación naciente.

Ella comunica al BP lo que “ha visto”, lo que ha comprendido de parte de Dios, lo que debe hacer, lo que los dos deben hacer para que avance esta Obra de Dios. Ella le anima y le expresa su unión profunda...

He aquí uno de estos billetes significativos:

“El Buen Dios me ha hecho conocer que no era preciso que Ud. Leyese en estos momentos “los deberes de la vida monástica” porque iba a adoptar cosas, que, siendo buenas, no lo son para Ud. En este momento y que no podríais cumplir, al

no tener costumbre de las molestias de la vida en común y que después sentiríais preocupación al tener que renunciar a ellas”.

El Buen Dios os ha concedido el precioso don de su presencia habitual, es decir, que lo mismo que hable, ande o haga cualquier cosa, sin pensar, Ud. Piensa en El. En fin, El está más presente dentro de sí, que Ud. Mismo, si se puede decir así. El querría, que para responder a esta gracia particular, Ud. entrara en su interior (aunque solo fuera un momento) para adorarlo en el fondo de su corazón donde El tiene su morada y le agrada estar, pues las faltas que Ud. comete nunca están hechas con entera deliberación.

El Buen Dios querría que, incluso en los días que está más ocupado, se tomase el tiempo para hacer su media hora y, los otros días una hora, en dos momentos diferentes. Por medio de esta fidelidad en permanecer con el Buen Dios en el fondo de vuestro corazón, le será fácil permanecer a sus pies, ya no habrá lugar para el aburrimiento, para las distracciones que, aunque a veces os cansen, quedarán lejos y nos os harán daño. Puedo asegurarle que el Buen Dios tiene el deseo y la intención de concederle gracias particulares, me atrevería incluso a decir que su Corazón necesita hacerlo.”

También dice el Buen Dios que Ud. se preocupa de más cuando cree haber cometido algunas faltas, la pena y el fastidio que le causan, le produce una cierta irritación de cabeza que no consigue dominar. Así, Ud. se enfada consigo mismo y a veces repercute en los otros, lo que aumenta su pena porque piensa que ha cometido muchas faltas voluntarias, y su gran equivocación ya no es el enfadarse consigo mismo sino el no haber entrado enseguida en su corazón con Dios, que habría cerrado la herida que el temor de cometer una falta le hubiera producido, y si de verdad hubiera falta, El le daría el bálsamo consolador de un dolor amoroso. El Buen Dios siente también que Ud. fije algunas ideas que solo serían pasajeras Ud. no estuviese asustado. De esta manera, Ud. invita a la tentación, después cae en la turbación, la inquietud; su gran equivocación es tener demasiado miedo”.¹

Hacia la mitad del año 1801

En su correspondencia intensa con él, la BM da cuenta de todo lo que emprende o abandona a causa de la Obra; le pide consejo para cada nuevo paso a dar, cada problema con las personas, situaciones, dinero etc., Le anima en su ministerio de sacerdote, de Vicario General de una diócesis, de Fundador. Le aconseja en los discernimientos lo que tiene que hacer. Le asegura su oración por él, los sacrificios que ofrece también por él, su unión y su afecto profundo para con él y el Instituto.

El BP la estimaba tanto que ya en 1803 dirá a Gabriel de la Barre: “...*Es verdad que la Pequeña Paz (la BM), es la luz y yo no hago otra cosa sino sostener el candelero...*”

Ya al final de su vida y misión, cuando las primeras tensiones entre Hermanos y Hermanas se hacen sentir, escribirá al joven superior de Picpus, el P. Raphael Bonamie: “*Esté seguro, mi querido Raphael de que ella es el alma de las dos familias, que su pobre vida está sostenida por un hilo, que ella es demasiado vieja y Ud. demasiado joven para arrancar la raíz del tronco, las ramas quedarían enseguida sin Vigor para dar frutos Ella es la raíz del árbol ... Ella es más*

1 Qué manera tan libre de hablar y que seguridad en los consejos de esta página de dirección espiritual...

fundador que fundadora, y sé bien que nunca dejó de ser víctima por toda la familia..”
27.01.1829

He aquí alguna de sus numerosas cartas escritas al BP, que expresan su fuerza para animarle en su servicio de sacerdote, la seguridad de sus oraciones y de sus sacrificios, la expresión de su unión y del afecto de todos: laicos, hermanas...

En esta carta ella se compadece de sus sufrimientos, incomprensiones y le da razones para esperar.

“V.S.C.J.

Acabo de recibir su carta, mi Buen Padre, y solo tengo tiempo para decirle que la que escribió a Monseñor me ha producido pena. (La víspera Mons. Recibió la carta de Portalis que rechazaba nombrar al P. Coudrin Vicario general de Menda); las quejas contra Ud. no valen nada, nada de esto irá lejos, por lo menos así lo espero. La Señorita de Viart se aflige por las molestias que todo esto os causan, no se lo tome demasiado a pecho, mi querido y buen Padre, El Buen Dios nos da cruces, pero todo pasará amigablemente, estoy segura y se lo voy a pedir a Dios de todo corazón, al igual que la prolongación de mi existencia. Perdóneme todo y rece un poco por mí al Buen Dios.

Ud. hará mucho bien en su servicio, asegúreselo al venerable Prelado. Mi unión a él se iguala con mi respeto.

Adiós, mi Buen Padre, no tengo nada positivo para contarle sobre mi salud: y sin embargo no estoy del todo enferma. No me dice nada sobre su vuelta. Me gustaría una vez más volver a verle .A pesar mío estoy algo enferma, voy a hacer todo lo posible par curarme: le debo mi existencia según Dios, y, humanamente hablando, le debo la vida. Conoce en parte mis sentimientos para con Ud. no acabarán sino con mi vida. Reciba esta seguridad junto con el profundo respeto que le profeso, mi Buen Padre.

Su sierva, muy humilde y muy obediente. Enriqueta.

Mende, 17 de septiembre de 1802

Extractos de cartas de la BM dirigidas a Hermanos sacerdotes

Aparte de su numerosa correspondencia con las superiores de las comunidades de Hermanas, la BM dejó escritos muy significativos a los Hermanos

A Isidoro DAVID, superior de los Hermanos en Poitiers

Habiendo dejado Poitiers, la BM establece una correspondencia intensa y regular con Gabrielle de la Barre (Elena) y con el P. Isidoro David, superior de los Hermanos. Sus cartas pasaban de uno a otra... ¡Que confianza y que amistad entre las tres personas! Al mismo tiempo, la Fundadora anima, comunica los asuntos de la Congregación y pide perdón por los malentendidos. A estos dos amigos abre su corazón con una facilidad increíble les comparte sus alegrías, sus penas, sus dudas y esperanzas. Este extracto de una carta de la BM a Isidoro, habla por si solo...

“V.S.C.J.

Pensaba escribiros con el último correo, Señor, y, confieso con vergüenza, que creo que la pereza ha podido con la promesa que le hice de lo más asiduamente posible corresponder entre Mende y Poitiers. Le agradezco su atención en escribirme y le ruego que no cuente demasiado conmigo, porque muchas veces y a pesar de mi buena voluntad, las ocupaciones generales y particulares que conlleva mi posición, no me permiten cumplir mis deseos. Es verdad que trato de hacer lo poco que puedo para disminuir las molestias, las preocupaciones, las dificultades que puede encontrar en el estado de perfección que con tanto coraje ha abrazado y para que el Buen Dios le de todos los medios y gracias particulares que le son necesarias para llegar a su meta, que no es otra que la de hacer su santa voluntad.

Estoy enfadada por saber que está un poco enfermo; espero que la Virgen Santísima le cure; rezaré lo mejor posible para que así sea, pero como en el pasado, hago mal cuanto emprendo y temo siempre que el Buen Dios no escuche mis súplicas. Ruegue por mi, Señor, tengo mucha necesidad de ello ,porque nuestra empresa no es de poca monta, solo tengo que alegrarme de haberla hecho y me parece que cada cual se apresura en facilitarnos los medios, y el Buen Dios la protege de tal forma que es más que visible que debemos poner en El toda nuestra esperanza...”

Mende, 25 de Agosto de 1802

Con Hilarión Lucas, secretario de la Congregación

Muchas veces, la BM escribe a Hilarión por asuntos de la Congregación: sus encuentros con los obispos, párrocos, etc.

En estas notas le compadece por su falta de éxito en sus trabajos y en su misión en parroquias.

“No coincido en absoluto con sus reproches por mi silencio, Señor: he escrito regularmente con todos los correos, excepto el último. Yo estaba más que triste y además tenía un dolor de cabeza tan fuerte que ni podía abrir los ojos: llega su carta y Ud. se da cuenta de que aún estando advertida de su contenido en relación al párroco de Sto. Tomás, no hace más que aumentar mi oscuridad. Hubiéramos debido alegrarnos, porque todo nos prueba que vuestro Amigo tendrá un lugar distinguido entre los bienaventurados: no estará en el común de mártires...”

Animo, Señor, la manera de llegar a la felicidad eterna es no tener en este mundo sino penas y tribulaciones. Agradecemos a Dios que no nos las evita, y amemos aquellos de los que se sirve para hacernos sufrir...”

Laval, sábado 30 de noviembre de 1805

Con el P. Hipólito LAUNAY, Superior de Cahors, al servicio de la doble comunidad de Hermanas y Hermanos.

“Su carta nos ha afligido en gran manera, mi buen Hermano. Enseguida he escrito para que tengáis, tras la muerte de la superiora de las Hermanas. Una buena y nueva superiora para conducir la casa, o tal vez otra. Si la primera que he designado va, como lo espero, todo irá bien.

Procure que el desaliento, el fastidio, la pena, no coloquen a la pobre Inés en peligro (enferma). Cuídela bien. Estamos tan afligidas que cualquier cosa de poca monta puede decidir a nuestro Padre de cerrar la casa. Pienso que es lo que no hay que hacer. Trate de animar los espíritus, y Ud. mismo mi buen Padre, sea más valeroso. Que sus cartas no sean tan tristes, porque nos colocan la muerte en el alma. Espero que el Buen Dios venga en su auxilio. Que le consuele, le sostenga y le conserve en buena forma. Cuide su salud y crea en los respetuosos sentimientos con los que tengo el honor de ser su humilde y obediente sierva, Henriette”.

El 24 de septiembre de 1807

Algunos consejos de la BM a Hermanos Sacerdotes

En “La BM – su espíritu”, de Hilarión Lucas, leemos:

Al Padre Régis Rouchouze:

“Es al pie del crucifijo donde se forman los buenos confesores”

“No hay que pedir cruces cuando estamos fervorosos, porque, muchas veces Dios nos toma la palabra” (1803)

Hilarión comenta:

“Esta alma tan fuerte, que hubiera deseado apoderarse de todas las cruces de los demás, aconsejaba sin embargo no pedir cruces, más bien someterse a las que Dios envía”.

El P. Philibert VIDON, encargado en 1805 de la dirección de las hermanas en Le Mans, recuerda bien estos consejos de la BM:

“Escuche, anime, consuele”.

En conclusión

Para terminar, me gustaría recordar a todos y a todas este extracto de la Súplica del BP y de la BM, dirigida al Papa Pío VII, el 24 de octubre de 1814:

“La finalidad principal que se propone (la Congregación), es de trazar las cuatro edades de nuestro Divino Salvador ...”

Los sacerdotes de esta Congregación, enseñan a los niños la doctrina de la fe, las artes liberales y las santas escrituras; forman a los jóvenes en las ciencias eclesiásticas. Predican, confiesan, predicando Misiones con el consentimiento de los obispos... y también, los hermanos, que no están destinados a abrazar el estado eclesiástico y que bajo las mismas leyes de obediencia, se entregan a diferentes trabajos en cada casa.

Las hermanas de la misma Congregación enseñan a las niñas gratuitamente los primeros elementos de la fe y las artes propias para su sexo... “

Mgr. de Chabot, Obispo de Mende, apoya esta Súplica:

“Sabemos y atestamos que todo lo relatado más arriba, es verdad, que esta Congregación, ha sido ya muy útil a la Iglesia y que lo será aún más en el porvenir si Su Santidad, a quien la recomendamos con una respetuosa insistencia, se digna confirmarla.”

Desde hace más de 210 años, La Congregación, esparcida en los cinco continentes, continua a ser útil a la Iglesia por la abnegación de sus miembros, de una manera especial por nuestros Hermanos sacerdotes. En estos últimos años, hemos tenido la alegría de ver reconocido, de manera particular la vida entregada de nuestros Hermanos, San Damián de Molokai y el Bienaventurado Eustaquio en El Brasil. Además, tenemos Hermanos mártires en París, Indonesia, España, y tantos otros, que, en el silencio, han dado su vida entera por el bien de sus hermanos y hermanas, allí donde fueron enviados...

En la misma línea de nuestros antepasados, continuemos dando nuestras vidas, siempre y en todas partes, y respaldándonos en esta gran Misión que Jesús nos dejó en este mundo, tan necesitado de salvación...

Termino con una palabra de la BM a uno de sus Hermanos Sacerdotes:

“CUANDO SE HACE TODO POR DIOS, TENEMOS EL VALOR Y LA FUERZA PARA ELLO”

Vuestra Hermana en los SS.CC. Paula Teck.

Esteban Gumucio ss.cc.:

entre los bienaventurados de Jesús

Enrique Moreno Laval ss.cc.



Esteban Gumucio ha sido, sin duda, el sacerdote más conocido, más querido y de mayor proyección social y eclesial de nuestra Congregación de los Sagrados Corazones en Chile. Nacido en Santiago el 3 de septiembre de 1914, falleció en la misma ciudad el 6 de mayo de 2001. Tenía entonces 86 años y 8 meses de edad. Durante un año, un tumor de páncreas terminó con su vida en esta tierra. Ingresó a la Congregación en 1932, profesó sus votos religiosos al año siguiente y fue ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1938.

Sus años de sacerdocio

En sus poco más de 62 años de sacerdocio, Esteban tuvo una variada actividad. Se vinculó primeramente con los colegios de la Congregación (Valparaíso y Santiago), tarea en la que siguió colaborando en sus años de superior provincial (1947-1953). Enseguida, asumió como maestro de novicios en el convento de Los Perales (1955-1963). Inmediatamente después, pasó a fundar la parroquia San Pedro y San Pablo, en un sector pobre de la zona sur de Santiago, donde fue párroco durante los primeros 8 años (1964-1972). Siguió viviendo allí hasta que una vez más se le designó maestro de novicios por otros 7 años (1977-1983), esta vez con residencia en Santiago y, esporádicamente, en otras ciudades, como Concepción (Chile) y Arequipa (Perú). Durante todo este tiempo continuó, de alguna manera, vinculado a la tarea pastoral de la parroquia San Pedro y San Pablo. En 1986 fue destinado a la parroquia San José de la ciudad de La Unión, 800 kilómetros al sur de Santiago, donde permaneció hasta 1990. Los últimos 10 años de su vida (1991-2001) los vivió nuevamente en Santiago sirviendo pastoralmente en las parroquias San Pedro y San Pablo y Damián de Molokai, desmembrada esta última de la anterior.

Hubo otras dos tareas que acompañaron por mucho tiempo su tarea sacerdotal. Su asesoría al movimiento Encuentro Matrimonial, desde 1974, y su abundante producción literaria que constituyó una actividad de toda su vida. La *Fundación Coudrin*, de Santiago de Chile, ya ha publicado 8 volúmenes con su vida y su obra.²

El impacto de su vida

Al interior de la comunidad religiosa SS.CC., Esteban Gumucio es considerado como el padre de muchas generaciones de hermanos, ya sea porque él nos formó directamente o porque hemos sentido la permanente influencia de su persona, siempre cálida y cercana, inteligente y creativa, atenta y servicial y, sobre todo, anclada firmemente en su incondicional

² Se trata de los siguientes títulos: Conversaciones con Esteban Gumucio, Poemas, Cartas a Jesús, Bienaventurados los Viejos, Los tiempos del verbo Amar, Fijos los ojos en Jesús, Las manos heridas, Esteban Gumucio en la memoria de los suyos.

amor por Jesús y su Evangelio. Esteban fue un modelo de fraternidad en la comunidad, de autoridad paternal cuando le correspondió serlo, de pobreza sencilla, de obediencia siempre disponible, de castidad trabajada en el amor célibe del día a día. Sigue siendo un referente obligado de cada hermano y también de todo aquel que se va integrando a la Congregación.

Quienes lo fueron conociendo a través de su actividad pastoral, fueron experimentando también el impacto testimonial de Esteban, como un sacerdote que reflejaba de Jesús tanto su cercanía con la gente, su capacidad de comprensión y compasión, como su coraje para enfrentar situaciones difíciles que lo llevaron a jugarse enteramente por la dignidad de las personas y la justicia social. Hay una fecha clave en la vida sacerdotal de Esteban: diciembre de 1963 a marzo de 1964. Durante ese tiempo de verano en Chile, Esteban, según sus propias palabras, vivió la mayor “audacia” de su vida. Junto a tres sacerdotes jóvenes se instaló en un sector muy pobre de la periferia de Santiago de Chile, para iniciar una misión que la Congregación continúa hasta el día de hoy. En el marco de la Misión General de Santiago de aquella época, dieron los primeros pasos de una tarea que cristalizó en la creación de una red de comunidades que hoy están estructuradas en las actuales parroquias: San Pedro y San Pablo, y San Damián de Molokai. A Esteban, esta inserción pastoral le cambió la vida, haciendo emerger de él lo mejor de su corazón de pastor, y de acompañante de personas y comunidades.

Un modelo de pastor

Efectivamente, cuando uno le pregunta a la gente que más compartió con Esteban, qué destacan en él de su manera de ser sacerdote, dicen cosas como éstas: su cercanía sencilla, su acogida afable, su disponibilidad permanente, su escucha atenta, su consejo sabio, su sensibilidad para con el pobre, su valentía para defender la dignidad humana, su predicación imaginativa y siempre referida a la vida de todos los días. Pero, sobre todo, su vida enteramente centrada en Jesús.

En sus numerosos escritos que nos dejó como recuerdo de sus conferencias, retiros y charlas a sacerdotes, el padre Esteban plasmó ese modelo de sacerdote que él siempre quiso ser y que en gran medida lo logró. La mayoría de esos textos están publicados en el volumen *“Fijos los ojos en Jesús – Palabras a sacerdotes”*.³ El título, una cita de Hebreos (12,2) especialmente querida por Esteban Gumucio, refleja lo que siempre él vivió. Fijos los ojos en Jesús, corrió con perseverancia toda la longitud de su carrera, puesta la mirada en su única meta, el mismo Jesús. Con la mirada clavada en Él, aprendió a ver en el rostro de tantos hombres y mujeres el propio rostro de Jesús. Adquirió un estilo de mirar la realidad tal como Jesús la miró, amó a su Iglesia como Jesús la amó. Fijos los ojos en Jesús, vio al Padre de Jesús y acogió el Espíritu que Jesús le entregaba. ¿Testigos de esto? Todos nosotros.

El servicio de la palabra

Esteban Gumucio tuvo el precioso don de utilizar bien el lenguaje de la palabra para expresar lo que sentía su corazón, en ese diálogo cara a cara con su Dios y en el encuentro diario con las personas. De allí brotaron canciones como El peregrino de Emaus, La Oración o El Ángelus, y tantas otras llamadas a perdurar en el tiempo. En el duro momento de la dictadura militar chilena surgió la emblemática Cantata de los Derechos Humanos. Pero también tanta poesía llena de humanidad, tantas cartas a Jesús; tantos escritos ocasionales para los niños, para los jóvenes, para los matrimonios, para los viejos. Son numerosos los

³ Ediciones Fundación Coudrin, Santiago de Chile, Diciembre 2008.

escritos informales dejados por Esteban, como al azar, que han sido recogidos con provecho por quienes hemos querido conservar y difundir su legado.

El mismo Esteban señaló en una ocasión: “No me considero literato, porque mi dedicación ha sido siempre el trabajo pastoral directo con personas. Me gusta mucho escribir. Soy un aficionado a las letras, pero tengo demasiado respeto por los verdaderos poetas y escritores como para atribuirme un título inmerecido. Mis escritos son breves y ocasionales, inspirados en la vida de la gente a quien trato de servir como sacerdote”. Todo esto nos ha hecho y nos sigue haciendo tanto bien.

El reconocimiento de la Iglesia

El impacto de la vida de Esteban Gumucio en la Iglesia chilena ha sido extenso y profundo. A pesar de que gran parte de su ministerio lo realizó en Santiago, su persona misma, pero también sus escritos y canciones, han trascendido a toda la vida eclesial del país. Su participación en Encuentro Matrimonial le permitió, además, viajar a varias diócesis chilenas y latinoamericanas donde dejó también una fuerte impronta.

El arzobispo de Santiago, cardenal Francisco Javier Errázuriz, ha venido expresando en los últimos años su vivo interés por que la figura del padre Esteban sea reconocida oficialmente por la Iglesia como un modelo de santidad. Por propia iniciativa le propuso a la Provincia Chilena trasladar su cuerpo desde el mausoleo de la Congregación en el Cementerio Católico de Santiago a la sede de la parroquia San Pedro y San Pablo que él mismo fundara. Y así se hizo el 27 de septiembre de 2008. Antes de ello, en un acto de “memoria agradecida” realizado como homenaje al padre Esteban, el 24 de junio de 2008, el mismo cardenal expresó: “Siempre he tenido una gran alegría por la manera como él desplegó el horizonte pleno de lo que Jesucristo espera de nosotros. Porque, por una parte, uno sentía que había en él el alma de un místico, pero también de alguien profundamente comprometido con su pueblo, un profeta, un luchador, el buen samaritano, el buen pastor. Al final uno tenía que decir que, de alguna manera, era Jesús mismo que caminaba por nuestras calles, por nuestra ciudad. Hemos podido palpar en él el horizonte de las bienaventuranzas. Algo extraordinario. En mi vida, Dios me ha regalado la gracia de conocer mucha gente, muchas personas, a las cuales la Iglesia algún día las va beatificar y canonizar. Es una gracia que no todos tienen, pero que yo la he tenido por mi trabajo en Roma. Yo tengo la intuición de que en esa galería debería estar algún día el Padre Esteban”.

El día del traslado de su cuerpo, ante 3 ó 4 mil personas, el cardenal terminó de esta manera su homilía de la eucaristía de ese día: “Concluyo estas palabras, seguro de que habría tanto más que decir y que aprender. Ya tendremos tiempo, en los días, las mañanas y las tardes, en que junto a la tumba del P. Esteban hagamos memoria futura de su presencia y de su vida. Hoy venimos a poner en la tierra la semilla de un gran Sembrador, esperando que el Señor la haga fructificar para bien del pueblo cristiano. Lo hacemos con esperanza y con la intuición de que nos encontramos ante un auténtico bienaventurado. Esa palabra se la dejamos con cariño a Dios y a su querida Iglesia con la Oración que desde hoy diremos al recordarlo: *Y si es tu voluntad, Señor, que lo reconozca tu Iglesia entre los bienaventurados de Jesús, junto a María ‘madre de los cansados’, y a los santos y santas de todos los tiempos. Amén*”.

Oficialmente, en octubre de 2009, la Congregación solicitó al cardenal arzobispo de Santiago de Chile la introducción de la causa de beatificación y canonización de nuestro hermano el padre Esteban Gumucio.

Misión del Sacerdote SS. CC. en un mundo no cristiano:

Indonesia

Renni Magdalena Nahampun ss.cc.



Indonesia es un país donde la mayoría es Musulmana. ¿Cómo llevan a cabo su misión los hermanos Sagrados Corazones en este país? La llamada a ser sacerdote es una llamada a servir a la gente, creando un mundo mejor. Cada ser humano tiene una misión, es “enviado” por Dios con una tarea específica. Cada discípulo es enviado, como Jesús fue “enviado” y nuestra misión Sagrados Corazones, nuestra vocación, es participar en Su misión. La misión de Jesús es hacer la voluntad del Padre, reconciliar a todos con el Padre. La misión de Jesús se lleva a cabo no sólo en el Altar, celebrando la Eucaristía, sino viviéndola las 24 horas al día. En un país cristiano es fácil hablar abiertamente sobre Jesús y su Evangelio, pero ¿puede hacerse esto en un país no Cristiano? En Bandung, Java, Indonesia, donde todos son musulmanes, es incluso difícil construir una iglesia, porque se necesita un permiso especial del Gobierno.

La Iglesia Católica en Indonesia es todavía bastante conservadora, muchos sacerdotes centran su misión sólo en los Sacramentos. La presencia de los hermanos Sagrados Corazones, trae diversidad a la misión de Dios en un mundo no Cristiano. Su misión es hacer presente a Dios en nuestro mundo donde hay tanto sufrimiento, violencia e injusticia, promover la dignidad de la persona humana y la unidad de todo el mundo sin tener en cuenta su religión. Los hermanos Sagrados Corazones centran su misión en “la Eucaristía como fuente de la misión de la Iglesia”. La celebración de la Eucaristía les inspira a abrirse a los otros. Introducen varios programas en la parroquia que llegan a mucha gente. Estos programas, organizados por los fieles de la parroquia o por otras organizaciones, hacen visible la presencia de Dios y traen la Buena Nueva al mundo no Cristiano a través de obras que mejoran la condición humana.

En nuestra parroquia Sagrados Corazones, se ha empezado un **programa de salud**, abriendo una pequeña clínica, **Klinik Gandarusa**, que ofrece su servicio a todos en el vecindario, especialmente a los más pobres, independientemente de su religión.

Además de este programa, hay una organización: **Kelompok Warga Sumber sari Dian Permai** que trabaja para promover la unidad de la gente en los alrededores de la Iglesia y entre las diferentes religiones. Entre las actividades que tienen está la distribución de *sembako* (arroz, aceite, azúcar, ropas, etc.) en momentos especiales, como Eid ul-Fitr (final del mes de Ramadán para los Musulmanes), Pascua y Navidades. Atienden y celebran también el Día Musulmán de la Paz, para promover la unidad entre las diferentes religiones.

Está también el grupo WKRI: *Wanita Katolik Republik Indonesia* (Grupo de mujeres católicas) que promueven un programa para la mejor nutrición de los niños menores de 5 años. Este programa se llama **Posyandu** y se lleva a cabo una vez al mes. Hay otras muchas actividades como estas en la parroquia donde nuestros hermanos trabajan.

Las hermanas Sagrados Corazones apoyan a los hermanos en la parroquia y están comprometidas en los diferentes programas, además de la catequesis. Juntos, hermanas y hermanos, intentan propagar y extender la misión Sagrados Corazones a la Sociedad. Estamos todavía en el proceso de vivir plenamente nuestra misión Sagrados Corazones: Vivir, Contemplar y Anunciar el Amor Redentor de Dios a todo el mundo, independientemente de la religión

En el corazón del Sacerdocio:

Reflexiones sobre el Sacerdocio SS.CC.



Michael Ruddy ss.cc.

Hace unos años, uno de nuestros hermanos sacerdotes estuvo ausente de nuestro encuentro anual para la celebración, con misa y barbecue, de la *Fiesta de la Asunción*. Hicimos algunas averiguaciones y descubrimos que el sacerdote había escogido estar con una familia en las orillas de un lago. Su hijo y hermano se había ahogado, y estaba en curso un gran proceso de búsqueda para encontrar el cuerpo. Nuestro hermano conducía a la familia y a sus vecinos en la oración, preparaba y organizaba las comidas, pero dedicaba la mayor parte del tiempo simplemente a «estar con» ellos en esas horas de necesidad. Esa actitud de compasión hacia aquellos que están en necesidad no es un simple azar, y en este artículo se espera mostrar que ese compromiso surge de nuestro carisma, espiritualidad y comprensión del sacerdocio.

No somos la única Congregación en el mundo que ha sido fundada por un sacerdote. Sin embargo, teniendo presente las particulares circunstancias que rodearon la visión del granero, el lugar de la Eucaristía y de la Adoración, el modo de relacionarse y las gracias que nos vienen de nuestros fundadores, nosotros vemos el sacerdocio mediante un lente muy particular.

El famoso ícono de la Trinidad, de *Rublev*, muestra una aguda comprensión del misterio del corazón de Dios. Si uno mira atentamente el cáliz que está en el centro, ve que contiene la cabeza de un animal sacrificado. Esto nos recuerda que el amor sacrificial está en el corazón de la Trinidad. La cruz, entonces, no es algo que aparezca por la primera vez sólo en el Calvario, sino que es algo que define tanto a Dios como a la creación. Como ha dicho Lev Gillet, quizá de un modo un poco prosaico: “*Había una cruz en el corazón de Dios, antes de que hubiese una plantada en las afueras de Jerusalén*”.⁴ Ejemplos de un morir para dar nueva vida son evidentes en la naturaleza y en la creación, desde la más lejana de las estrellas hasta el proceso de muerte y crecimiento de cada célula. Jesús describe muchos de estos casos, siendo el más destacado el ejemplo del grano de trigo en Juan 12,24, escogido como lema para nuestro último *Capítulo General*. En todos los dichos «Yo soy» del evangelio de Juan está presente este sentido de sacrificio desde la perspectiva de que debe ser consumido para dar luz, ser la puerta del redil. En el modo de pastorear de las culturas nómades, como la de Palestina, el redil no tiene puerta, y el pastor pasa la noche al descampado para proteger al rebaño.

A la luz de esta comprensión de un amor auto-oblativo presente en el corazón de la Trinidad, podemos ver que Jesús al dirigirse a Jerusalén no está siguiendo los dictámenes ciegos de un Padre despótico y anhelante de sangre. Más bien, estaba comprometiéndose en

⁴ Kallistos, *The Human Person as the Icon of the Trinity*, *Sobornost* 8.2, (1986) 20

aquel vaciamiento de sí mismo y sacrificio que forman parte de su misma divinidad y de su relación intra-trinitaria. Podemos volver a aquellos pasajes en los cuales Jesús está «cumpliendo» las escrituras, y ver en ellos no una ciega adhesión a “la Ley y los Profetas”, sino más bien una reinterpretación de la Escritura a la luz de su propia identidad. El viaje encuentra su clímax en el jardín (bíblicamente un lugar en el cual los amantes se encuentran, v.gr. *Edén*) de *Getsemaní* (que significa “prensa de aceitunas”, otro alimento que, como el trigo, debe ser molido para dar vida), con sudor de sangre que prefigura la sangre y el agua que fluirán de la cruz: “*la fuente de la vida sacramental de la Iglesia*” (*Prefacio del Sagrado Corazón*). Cuando el Cristo resucitado dice a los discípulos en el camino a Emaús: “¿Acaso no era necesario/estaba-mandado que el Cristo debía sufrir para entrar en su gloria?” (Lucas 14,26), el “estaba mandado” puede ser entendido como una consecuencia de fidelidad al amor trinitario. Para Jesús, cumplir la voluntad de su Padre (su “alimento”, Juan 4,34) no conlleva una disminución de su propia libertad y dignidad, sino que paradójicamente ese llega a ser el camino para realizar Su (y nuestra) verdadera identidad (Marcos 15,39).

La Eucaristía, en cuanto instituida por Jesús en la Última Cena, está inseparablemente vinculada al Misterio Pascual, y por consecuencia también a la Trinidad. El Jueves Santo, Jesús fue muy claro en señalar que el Pan que estaba rompiendo y la Copa que estaba compartiendo eran el cuerpo destrozado y la sangre derramada del Viernes Santo. En consecuencia, nuestra participación en la Eucaristía se hace una participación en la vida de la Trinidad. Los Evangelios se empeñan en presentar los acontecimientos cósmicos que rodearon el Calvario, describiendo terremotos, el oscurecimiento del sol y el desgarramiento del velo del Templo.

En el *Misterio Pascual*, la eternidad irrumpe en el tiempo de un modo nunca antes conocido, abriéndonos el acceso a la Divinidad y al amor auto-oblativo de la Trinidad. La Eucaristía hace presente el “poder” (gracia, amor, Espíritu) del acontecimiento Pascual que se manifiesta naturalmente cuando es acogido el amor de auto-vaciamiento y auto-sacrificio. La Eucaristía es participación en el sacrificio del Misterio Pascual; una llamada e invitación para vivir este amor de auto-sacrificio, y un sustento para nuestro propio itinerario cristiano. Mediante el ritmo de la liturgia que debe reflejar los movimientos del amor divino entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, nuestras propias vidas son desafiadas por el amor, y con la creación entera somos elevados en un acto de oración y acción de gracias.

Cuando el sacerdote durante la Eucaristía extiende sus manos en forma de cruz, cuando la comunidad se arrodilla y se levanta, y otras acciones semejantes, estamos ante gestos que nos recuerdan el sufrimiento, la muerte y la resurrección que celebramos en el Sacramento. En cuando *Sagrados Corazones*, nuestra historia, herencia y carisma nos permite identificarnos muy intensamente con el amor eucarístico auto-sacrificial, poderoso símbolo de ese amor que atraviesa toda la creación. En nuestra imagen de los corazones entrecruzados, la cruz entretejida con la llama del amor equilibra sacrificio y misericordia. Hablando el verano pasado en una Audiencia General en *Castel Gandolfo*, el Papa Benedicto usó un aspecto central de nuestra espiritualidad al recordar que “... un sacerdote debe ser un testigo y un apóstol del amor del Corazón de Cristo y de María”. Al concluir su discurso el Pontífice citó a San Juan Eudes, que animaba a los presbíteros diciéndoles: “*Daos vosotros mismos a Jesús para entrar en la inmensidad de su gran Corazón, que contiene el Corazón de su Santa Madre y de todos los santos, y perdeos vosotros mismos en el abismo de amor, de caridad, de misericordia, de humildad, de pureza, de paciencia, de sumisión y de santidad*”. Estamos muy bien situados para sacar vida y dar frutos a partir de una meditación de este tipo.

No es casual que en muchas de nuestras parroquias y en el estilo en que el sacerdocio SS.CC. es vivido, nuestros parroquianos experimenten un real sentido de acogida, de familiaridad y comunidad. Habiendo sido formados en un equilibrado amor por Jesús y por María, lo mismo que por la tradición que hemos recibido de nuestros co-fundadores, algunos de los aspectos más exigentes de la religión son vividos con alegría, compasión y confianza en la providencia. *Religión* (re-ligio, en latín) literalmente significa el re-ligar los vínculos que han sido rotos, los lazos que nos conectan con los demás, con nuestra auténtica identidad y con Dios. Ya no seguimos estando aislados y solitarios; pertenecemos. Damián, por cierto, es el ejemplo por antonomasia de uno cuyo sacerdocio ha consistido en re-ligar los cuerpos y las almas destrozadas de sus queridos leprosos; y es de la Eucaristía de donde él obtuvo la gracia de la perseverancia. Uno de los beneficios de un acercamiento de este estilo consiste en el énfasis puesto en el sacerdocio de todo bautizado; en la condición sacerdotal, profética y real que nos es dada por el Bautismo. Sin negar las gracias y las funciones propias del ministerio sacerdotal, nuestros laicos pueden ser animados y fortalecidos para vivir su propia vocación. La existencia y el crecimiento de nuestra *Lay Associations* (*Asociaciones Laicales*, Rama Secular) en muchas provincias puede cumplir un rol crucial en este proceso.

En Juan 1,18, en una imagen muy querida al *Buen Padre*, Jesús nos recuerda que él está “cerca del corazón del Padre”. Más adelante en el mismo Evangelio, en la última cena, comparte esta misma cercanía con el discípulo amado (y con nosotros) que yace cerca del corazón de Jesús (13,23). Esta postura de “*estar con*” y cerca del corazón del salvador es fielmente seguida hasta los pies de la cruz (19,26). Sólo en este sentido podemos ser misioneros: “**para estar con Él**, y ser enviados a proclamar el mensaje” (Marcos 3,14). En las palabras del Papa Benedicto: “La ordenación sacerdotal significa ser sumergidos en la Verdad, esa Verdad que no es simplemente un concepto o un conjunto de ideas que transmitir y asimilar, sino la Persona de Cristo, con la cual, por la cual y en la cual vivir ... Solo esta conciencia de la Verdad hecha Persona en la encarnación del Hijo justifica el mandato misionero: ‘Vayan por todo el mundo y proclamen el Evangelio a toda criatura’ (Marcos 16,15). *Solo si la Verdad está destinada a cada criatura, no es la imposición de algo, sino la apertura del corazón a aquello para lo cual ha sido creado*”.⁵ Este es un modo de entender que hace más luminosa la comprensión de la misión, en la cual no imponemos algo nuevo, sino que capacitamos y hacemos posible la realización de algo ya presente: la “*tierna compasión*” (Lucas 1,78) del corazón de nuestro Dios.

Solamente estando con nuestro pueblo puede ser realizada este tipo de “actividad misionera”. Como Damián, nuestra esperanza sería que si otros llegan a amar al sacerdote lleguen también a amar a Dios. Esta identificación continúa realizándose a través de la Congregación, desde las parroquias urbanas del mundo desarrollado hasta las lejanas aldeas de las culturas en desarrollo. Podemos no ser los mejores predicadores ni los mejores liturgistas del mundo, pero *estando con* nuestro pueblo compartimos algo que es aún más valioso. Finalmente, esto es lo que el pueblo de Dios recuerda y aprecia, tal como la familia al borde del lago esperando noticias de su hijo.

⁵ Homilía en la Misa Crismal, 9 Abril 2009

Mi experiencia como laica SS.CC. acompañada por los hermanos SS.CC.

Claudia Metz



Trataré de resumir en este par de páginas lo que ha sido mi experiencia como laica SS.CC. que ha estado acompañada por los hermanos de la Congregación.

Es importante comenzar contándoles lo que ha sido mi camino de fe y como llegué a conocer a la Congregación de los SS.CC. Provengo de una familia de origen judío, aunque en la casa de mis padres no se practicaba la religión. Ellos me dieron plena libertad para elegir mi propio camino. Es así como a los 22 años, sentí el llamado de Jesús de mirarlo a Él y seguir su camino. A los pocos meses recibí el bautismo y ahí comenzó un hermoso camino de crecimiento y acercamiento a Nuestro Señor, recibiendo los sacramentos del perdón, comunión, confirmación y matrimonio.

En este camino, me acerqué de manera personal, o junto a mi marido, a distintos sacerdotes diocesanos o de congregaciones. Comencé una búsqueda de mi lugar dentro de la Iglesia, un lugar dónde pudiera contribuir y comprometerme de manera más personal y permanente en el seguimiento de Jesús, en mi vida como laica.

Hasta ese momento de mi vida no conocía la Congregación de los SS.CC., salvo por haber asistido algunas veces, a misas celebradas en la capilla del colegio SS.CC. de Manquehue. Cuando elegimos un colegio donde educar a nuestra hija mayor, queríamos un colegio católico, que diera importancia a la formación en valores y que fuera mixto. A un par de cuadras de dónde vivíamos está el colegio SS.CC. de Manquehue, que cumplía los requisitos que andamos buscando. Si bien no teníamos mayores referencias de éste, algunas personas que conocíamos y que habían salido de ahí poseían un sello especial y característico.

Así fue como llegamos a una de las obras de la Congregación, donde ya llevamos 13 años. El colegio está en la línea del carisma SS.CC., dónde existe el acompañamiento directo de hermanos SS.CC. que viven en una comunidad vecina al colegio. Esto se ha visto reflejado en la formación que han recibido nuestros hijos, con la persona de Jesús muy presente y con una sensibilidad social muy fuerte. De a poco, comenzamos con mi marido a involucrarnos, primero en la pastoral de padres del colegio y luego activamente en las actividades del centro pastoral, dónde actualmente participo como servidora de eucaristía. Aquí también he encontrado un lugar donde formarme a través de cursos, jornadas y retiros y de celebrar y vivir activamente la fe en comunidad, como una gran familia. Todo esto acompañado siempre con hermanos de la Congregación, donde he encontrado mucho más que sacerdotes, sino que excelentes directores espirituales, maestros y amigos.

Hace un par de años y con ayuda de un gran amigo, Guillermo Rosas ssc, que nos hizo la invitación, formamos junto a mi marido y a otras personas cercanas a la Congregación una comunidad de Rama Secular. Esto partió hace aproximadamente 3 años, y hoy es una comunidad de vida formada por 7 personas, de las cuales 4 hicimos nuestros primeros compromisos el día 26 de diciembre recién pasado. Dentro de la Rama Secular SS.CC., siento que encontré lo que andaba buscando hace mucho tiempo, mi lugar dentro de la Iglesia. Actualmente trabajo en el equipo de coordinación Nacional, dónde soy la representante de la zona Santiago que cuenta hoy con 2 comunidades activas y con 13 personas con compromiso. A través de la Rama Secular y de distintas actividades he ido conociendo a otros hermanos SS.CC., que sirven en distintos lugares de Santiago y de las otras zonas donde hay presencia de los SS.CC. en Chile, incluso tuve la oportunidad de compartir y conocer al Superior General, Javier Álvarez-Ossorio, en su visita a Chile hace unos meses atrás. Aquí también he tenido la posibilidad de conocer y compartir con la rama de las hermanas, encontrando en ellas ese mismo carisma, que calza tan bien con mi forma de entender y vivir la fe.

Algo que me llama especialmente la atención es que a pesar de la gran diversidad de personalidades y caracteres distintos de los hermanos, donde me ha tocado conocer algunos muy sabios, otros muy buenos amigos, otros muy joviales, otros artistas, otros que han vivido el Evangelio hasta el extremo, entregando su vida por los más necesitados; todos tienen algo especial que los unifica. Al escuchar sus prédicas, sus consejos, su disponibilidad, su cercanía, su forma de vivir y celebrar la fe, en todo eso se manifiesta fuertemente el carisma SS.CC.; contemplan, viven y anuncian la misericordia de Dios, hecho carne en el Sagrado Corazón de Jesús, tomados de la mano de Nuestra Madre María. Muestran un Evangelio que se hace vida concreta en el día a día, son cercanos, amigos. Caminan y trabajan codo a codo con nosotros los laicos, dónde cada uno tiene su lugar, nadie es excluido, teniendo claro que todos formamos la Iglesia y tenemos una función particular que cumplir dentro de ella, donde cómo dice otro hermano y amigo, Martin Königstein ssc, a nosotros los laicos no nos corresponde ser ni “mini-monjas” ni “mini-curas”, sino que debemos mostrar a través de nuestra vida, en el mundo, dónde nos toca actuar (trabajo, comunidad, familia), el amor y misericordia de Dios.

Experiencias de la vivencia del ministerio sacerdotal

desde la vocación Sagrados Corazones

Peter Egenolf ss.cc.



Hace algunos meses, en un encuentro de sacerdotes, se conversaba sobre la concelebración eucarística. A algunos sacerdotes diocesanos no les gusta concelebrar, incluso alguno no acepta que otros concelebren. A veces hay un fundamento de teología litúrgica en la base de esta actitud: sólo puede haber un presidente frente a la comunidad “in persona Christi capitis” (representando a Cristo Cabeza), como sólo existe el único Cristo que reúne a su Iglesia, la alienta, le enseña y la alimenta.

Actuar en comunidad

Como religioso de los SS.CC. siempre he participado en eucaristías concelebradas y veo también en ello un sentido importante: representamos a Cristo no sólo como personas individuales sino como hermanos. Jesús envió a los discípulos de dos en dos a anunciar el Reino de Dios, a sanar enfermos y a traer la paz (cf Mc 6,7 y Lc 10,1). Como sus testigos, estamos referidos unos a otros, para complementarnos y actuar en comunidad. Esto se expresa en la concelebración y, como religiosos, nos esforzamos por realizar esto también en la vida cotidiana, en la predicación y en la pastoral. Lo que no es siempre tan fácil como en el rito litúrgico, tan bien ordenado. Tenemos que luchar con rivalidades y competitividad, con malentendidos y diferencias de carácter. A algunos les gustaría ser el jefe, otros huyen de toda responsabilidad. Sin embargo, creo que el amor de Cristo, que nos apremia a dar testimonio (2Co 5,14), es un amor que encuentra su expresión en la fraternidad.

En mi comunidad, los cuatro sacerdotes que la formamos tratamos de compartir todos los ámbitos de la pastoral; así hacemos realidad el que ninguno tiene sólo su ámbito sino que todos de alguna manera colaboramos con él, aunque uno sea el responsable de ese ámbito. En la pastoral parroquial uno es el responsable principal, pero un hermano trabaja con él a tiempo completo y los otros dos a tiempo parcial. En el ámbito de las peregrinaciones y de la atención de huéspedes uno es el responsable y los otros tres colaboran con él. Esto funciona sólo si hay mucha comunicación entre todos y diálogo para tomar los acuerdos. Lo que requiere de tiempo y paciencia. Sería más simple que cada uno tuviese sólo su ámbito propio, su parroquia o su obra, en la que trabajase solo y de la que fuese el jefe indiscutido. El modelo de las responsabilidades compartidas es mucho más complicado y no deja de tener sus dificultades. Pero quizá nos permite acercarnos más a nuestra misión, que es la de dar un testimonio común.

La eucaristía como centro

Trabajar en comunidad nos obliga también a reunirnos como comunidad para orar y celebrar la eucaristía. La eucaristía celebrada en común y la adoración nos hacen tomar conciencia de que no vivimos y trabajamos en este lugar y en esta región porque lo encontramos bonito o interesante, o porque nos entendemos bien entre nosotros o porque tenemos intereses semejantes. Esta base no es suficiente, y eso lo experimentamos a más tardar cuando hay conflictos y dificultades. Estamos aquí porque asumimos en nombre de la Congregación una tarea, porque nos sabemos llamados por Cristo, reunidos y enviados por él. Él es el centro de nuestra comunidad y el impulso de nuestra acción. En ninguna parte se expresa esto tan claramente como en la eucaristía, cuando escuchamos juntos su Palabra, compartimos nuestras preocupaciones, presentamos nuestros dones, nos dejamos regalar por su presencia y recibimos de nuevo el envío que nos hace. En esta medida la eucaristía es la fuente y la cumbre de nuestra vida sacerdotal (cf Const. nº 5).

Iglesia en cambio

Hay otra razón que hace que esto sea para mí muy importante: en Alemania vivimos una Iglesia que está en un profundo cambio. Las comunidades envejecen y se reducen, los jóvenes y los adultos jóvenes sienten a veces intereses espirituales, pero se sienten ajenos a las formas comunitarias y al ambiente de las parroquias. Como también disminuye el número de sacerdotes, varias comunidades están siendo dirigidas por un solo sacerdote o las reúnen en una parroquia grande. Actualmente en todas las diócesis de Alemania las estructuras parroquiales están siendo transformadas en dirección a constituir grandes unidades.

El sacerdote que en estas condiciones busca su identidad sobre todo como director de una comunidad tradicional vive numerosas dificultades. Es lo que veo en los hermanos del clero diocesano. Añoran las viejas comunidades y viven las transformaciones estructurales en curso como una sobreexigencia. Sobre todo apenas encuentran la fuerza para ir, más allá de los grupos y comunidades católicas, al encuentro de los que no se sienten cómodos en la Iglesia. Sin embargo, será cada vez más importante descubrir y desarrollar la fuerza misionera del Evangelio. Creo que en la medida en que encontremos nuestra identidad sacerdotal en la eucaristía y no en determinadas formas de la vida eclesial, tanto más podremos actuar de manera misionera e ir más allá de los ambientes de la vida eclesial. A eso me ayuda mi vocación sacerdotal, consagrada ante todo a los SS.CC.

Sociedad en cambio (Umbruch) – personas en añicos (Bruch)⁶

Las transformaciones en la Iglesia son expresión de procesos mucho más amplios de transformación en la sociedad y forman parte de ellos: las exigencias de la economía y del mundo del trabajo pesan sobre las familias, los grupos y las comunidades. Cada vez más personas experimentan rupturas y fracasos en su matrimonio, en su familia y en su profesión. Rara vez me toca saber de esto en la confesión, porque en Alemania este sacramento está prácticamente olvidado. Pero sí me toca saber cuando la madre que vive sin esposo trae a su hijo a bautizar, cuando colaboradores muy comprometidos no pueden ser contratados en la Iglesia porque están separados y se han vuelto a casar, cuando en un funeral no hay nadie de

⁶ No logré reproducir el juego de palabras que hay en el texto alemán.

la familia, cuando visito hogares de ancianos u hospitales y escucho las historias de las vidas de los que ahí están, cuando hay niños que apenas pueden participar de grupos o actividades de la Iglesia, porque deben pasar unos días con el papá y otros con la mamá, que viven separados.

Me toca saber de tantas personas que sufren porque en su vida se han roto relaciones y confianzas, o amenazan con romperse. Aquí me veo desafiado como sacerdote a apropiarme de la actitud reparadora de Jesús (Const. nº 4). A menudo sin embargo ya no se puede reparar. Y bastante a menudo la Iglesia ofrece poca ayuda. Veo que mi tarea es ponerme al lado de las personas, acompañarlas, y soportar y expresar verdades incómodas. A menudo no puedo hacer más que dar testimonio, por mi presencia, del Dios que escucha las quejas de su pueblo, que ve su miseria y conoce su sufrimiento (Ex 3,7). A veces puedo también mostrar caminos de reconciliación, pero a menudo tampoco puedo hacerlo. En esos casos sólo me queda confiar como Moisés, que levanta sus manos a Dios, mientras otros tienen que luchar y sufrir. Y eso es a menudo muy cansador (cf Ex 17,8-13).

Estar junto a Jesús

Antes de que Jesús envíe a sus discípulos, los llama para que estén junto a él (Mc 3,14). Eso es importante para el servicio sacerdotal: estar junto a Jesús, escuchar su palabra, contemplar su actuar, hablar con él, aprender de él a no ser servido sino a servir (Mc 10,45). En la última cena se relaciona la institución de la eucaristía con la del sacerdocio. Y el relato del lavado de los pies deja en claro en qué actitud deben representar los discípulos al Señor: en la actitud del que sirve.

Pero Jesús no es sólo el Maestro, el que enseña y es modelo. Es también el amigo. *“Ya no los llamo siervos sino amigos”* (Jn 15,15). *“No son ustedes los que me han elegido a mí, sino yo a ustedes”*. Nuestro testimonio como sacerdotes vive de la certeza de que Cristo nos ha elegido, antes de todo mérito nuestro y a pesar de toda limitación y de toda falla. Cuando pensamos en el servicio sacerdotal, a menudo pensamos en todo lo que hacemos, obramos y trabajamos. Pero lo decisivo no es lo que nosotros hacemos sino lo que Jesús hace en nosotros. No son los sacerdotes los que salvan al mundo. Cristo salva al mundo y también al sacerdote. Lo primero que Jesús enseña cuando lava los pies es su servicio, su entrega por sus amigos. Lo primero que el sacerdote, con Pedro, debe aceptar y permitir es ser amado por Jesús, ser acogido y salvado por él. Jesús se entregó a la muerte por él. *“Si no te lavo, no tienes parte conmigo”* (Jn 13,8).

Esta intensa amistad con Jesús, que Pedro vive con altibajos, es el fundamento que sostiene a nuestro servicio sacerdotal. Para nosotros, sacerdotes de los SS.CC., es naturalmente María la que nos abre el camino a esta relación con Jesús. Consagrados a los Corazones de Jesús y de María, la amistad con Jesús es el centro de nuestra vocación y de nuestra misión al servicio del pueblo de Dios.

El ministerio sacerdotal SS.CC. en África

Thérèse Kabina Nyindu ss.cc.



Gracias por la oportunidad que me ofrecen a través de la invitación para hablar sobre el ministerio sacerdotal de nuestros hermanos aquí en África. Aunque no puedo hablar por todas mis hermanas, creo que sin duda estarán de acuerdo conmigo en varios puntos. Personalmente, me siento orgullosa de pertenecer a una familia religiosa que cuenta con hermanos sacerdotes. Es una gracia y un don de Dios, no sólo para nosotros sino para toda la Iglesia y para el mundo entero.

Considero una gran ayuda el servicio que prestan nuestros hermanos sacerdotes. Ellos son para nosotros y para el pueblo de Dios, el canal de comunicación y el recipiente del amor de Dios. Son un signo de su presencia. Veo cómo nuestros hermanos se dedican con diligencia a esta tarea de evangelización llevando las almas a Dios mediante la restauración dando sentido a sus vidas así como consuelo por medio de la predicación, administración de los sacramentos y las diversas actividades relacionadas con su sacerdocio. Creo que son «Celadores» reales del amor de Dios. Lo percibimos a través de sus sermones, porque con frecuencia se refieren a la Palabra leída y meditada y, en particular el deseo de conservar sólo lo esencial. Ellos celebran la liturgia con entusiasmo, para ayudar al pueblo a dar gracias a Dios por las maravillas de la creación.

Aunque son sacerdotes, nuestros hermanos son fundamentalmente religiosos. El compromiso religioso enriquece su ministerio. La vivencia de los consejos evangélicos fortalece sus vidas. Nuestros hermanos están marcados por el espíritu de nuestros Fundadores que hace de ellos pastores de referencia para nuestro pueblo, este pueblo que a veces los llama "ba papá ya molimo" padres de las almas. Su presencia en las áreas de inserción, con los presos, con los enfermos, así como con los sanos; por su simplicidad se hacen disponibles para todos, por lo cual se convierten en testigos visibles del amor en medio de los hombres y mujeres. Algunos testimonios nos permiten decir que a pesar de sus limitaciones, ellos viven su ministerio con celo y coraje.

Sin embargo, todos los sacerdotes SS.CC. tienen como reto animar a la gente para que puedan trabajar por su propio desarrollo. Hoy en día es difícil encontrar trabajo porque la charlatanería es cada vez más frecuente, y nuestros sacerdotes tienen que asegurarse de que sus ovejas sean más sensibles a la situación social de sus hermanos y hermanas. La pobreza es el mayor reto que nos enfrentamos: esclaviza a nuestro pueblo. El sacerdote es el camino de salida, de ahí la necesidad de una mejor orientación por que no se trata sólo de extender el mano. Nuestros hermanos con su ministerio están en las mejores situaciones para aumentar la conciencia de la gente del peligro que los acecha: el de la prostitución religiosa como la política que se utiliza para sus propios fines.

Además, ser sacerdote en nuestro contexto africano, les da un estatus social que los eleva por encima del pueblo al que sirven. El pueblo, confiando en su pastor, muy a menudo sigue lo que les dice, a veces sin un sentido crítico. Este status a veces da lugar a maltratos a través de homilías que humillan a la gente o se les habla en un tono condescendiente. o también son tratados como personas que no saben nada. Algunas veces los miembros del consejo parroquial actúan como "títeres", porque el cura cree que todo lo sabe! Esta situación es el resultado de su exposición a la credulidad excesiva que la gente les da. Todos tenemos que vigilar esta actitud por el riesgo de pensar que estamos por encima del pueblo al que servimos, de ahí la importancia de estar "renovándose regularmente" para alejarse de la ineficiencia que provoca el activismo.

El Buen Padre como sacerdote, ejemplo para vivir el sacerdocio SS.CC.



José Luis Pérez Castañeda ss.cc.

Ofrezco a continuación una reflexión sobre el ministerio del Buen Padre, o más bien, sobre cómo la forma que tuvo este hombre de vivir su ministerio puede ser una inspiración para nosotros como sacerdotes SS.CC. Conviene recordar que ese “aquí y ahora” es “mi aquí y mi ahora” y aunque haya algunas situaciones universalmente compartidas, el lector comprenderá que él mismo haría otros subrayados. ¡Os animo a ello!

En primer lugar, me centraré en cómo Pedro Coudrin se encuentra profundamente identificado con su ministerio y que el despliegue de su identidad va de la mano del de su sacerdocio. Él no trabaja como sacerdote, es sacerdote. En segundo lugar, me parece oportuno ver cómo nuestro Fundador conjuga su ser sacerdote con su ser religioso SS.CC.. Entiendo que es un tema con repercusiones en nuestros discursos y en las orientaciones de nuestro apostolado hoy. Para él ser sacerdote fue cronológicamente anterior a la opción por la vida religiosa. Para finalizar creo que nos puede ayudar preguntarnos por cuál era la intención del Buen Padre al hacerse sacerdote y cuáles las traducciones de esa intención, para ponerlas en diálogo con nuestras motivaciones y sus consecuencias.

Sacerdote de corazón

Una de las preguntas más importantes que nos hacemos los seres humanos es: *¿Quién soy yo?* No se trata de respondernos filosóficamente por nuestra identidad, sino vitalmente. Sentimos en algún momento de nuestra vida la necesidad de despojarnos de las etiquetas y nombres que nos han puesto, incluso de aquellos en los que nos sentimos cómodos y que nos saben bien, para lanzarnos a la aventura de responder a esta pregunta primordial que nos desarma y nos lleva por caminos que no conocemos. Como decía el poeta Pedro Salinas a su amada: *“Quítate ya los trajes/las señas, los retratos;/yo no te quiero así,/disfrazada de otra,/hija siempre de algo./Te quiero pura, libre,/irreductible: tú”*. Desde esta irreductibilidad necesitamos contestar a la pregunta sobre nuestra identidad. Paradójicamente, la respuesta auténtica sobre quiénes somos nos viene posibilitada desde fuera: sólo Dios puede decirnos quiénes somos (cf. 1 Cor 13, 12). Por la fe sabemos que el bautismo nos concede una identidad nueva, que nos da un nombre *“que sólo conoce el que lo recibe”* (Ap 2, 17).

Es en esta tesitura donde encuentro al Buen Padre en el granero de la Motte. Las circunstancias políticas y sociales de su tierra hacen que, tras su reciente ordenación, preparada y deseada desde hacía tiempo, le sometan a un viaje a las profundidades de su vida, al núcleo de su corazón, en esa improvisada celda de pocos metros. La celebración de la

Eucaristía y la Adoración y la lectura de la historia de la Iglesia acompañarán este camino mistagógico del joven sacerdote. *¿Quién era este joven sacerdote? ¿Quién era Pedro? ¿Quién elegía ser? ¿Quién decía Dios que era él?* El día de san Caprasio encuentra una respuesta vital a estas preguntas: “soy un pastor”. Pedro vislumbra en su sacerdocio, en el ofrecer su vida por un pueblo, la mejor manera de desplegarse a sí mismo como ser humano, como bautizado, como miembro de la Iglesia. Al encontrarse consigo mismo se encuentra también con el proyecto que Dios le regala (“*Vi lo que somos ahora*”): una comunidad de hombres y mujeres al servicio de la Iglesia.

Nos llegan de vez en cuando comentarios sobre la fragilidad vocacional de los primeros años del sacerdocio, aunque no desconocemos tampoco que las crisis de identidad no respetan edades y que nos vemos llamados a reformularnos cada cierto tiempo – por no decir cotidianamente- desde la fidelidad a la llamada al ministerio sacerdotal. Las circunstancias sociopolíticas que rodearon al Buen Padre, su retiro a la celda interior, su confrontación con la santidad en la Iglesia y sobre todo con la Santidad de Jesucristo, vertebraron en él una espiritualidad presbiteral firme y dinámica. Los cronistas de la época nos invitan a pensar al Buen Padre desde lo dicho, cuando afirman: “*Sacaba de su corazón todas las palabras que dirigía a sus fieles*”. Pedro no obvió la necesidad de consolidar su identidad desde los tuétanos de su existencia y de satisfacerla desde una profunda comprensión de la espiritualidad del pastor que entrega su vida por las ovejas. Cuando escucho a los sacerdotes y sobre los sacerdotes, creo que en la tarea de vertebrarnos por dentro nos encontramos algunas tentaciones: la del religioso que vive el sacerdocio como un apéndice de su vocación, o como un ministerio epidérmico y, por tanto, desvaído, como algo que no le vétrebra (ésta hace sufrir más a los que pertenecen a la generación que conoció el Concilio), y viceversa, sacerdotes cuya vocación religiosa se ha quedado en la forma, acusando las mismas consecuencias que los anteriores; por otra parte, vemos sacerdotes que se hallan agarrándose a identidades externas, viviendo un ministerio orientado a cumplir expectativas propias y ajenas, en medio de la marabunta de discursos contradictorios y superficiales sobre el hombre, sobre el creyente y sobre el ministerio ordenado (esta puede ser la tentación de mi generación). Otros, muchos gracias a Dios, se viven ellos mismos como pastores que se ofrecen por el Pueblo de Dios, en fidelidad exclusiva a la llamada del Buen Pastor, y que son capaces de articular su ministerio orgánicamente con otras dimensiones de su personalidad creyente, como supo hacer Pedro Coudrin (en todas las generaciones podemos encontrar buenos ejemplos). El Buen Padre nos recuerda que nada ni nadie puede suplantar a Cristo-Sacerdote como fundamento de nuestra identidad, invitándonos a que sea en Jesús donde lo encontremos todo, incluso a nosotros mismos.

El camino espiritual del Buen Padre

El Buen Padre, conviene recordarlo, hizo un camino que para la mayoría de nosotros es el inverso al que hemos caminado. Después de ordenarse recibe la llamada a formar una comunidad genuina y con una identidad carismática definida, mientras que nosotros, primero formamos parte de esta comunidad y es *después* cuando integramos el sacerdocio dentro de nuestro estilo de vida religioso. Esta particularidad de Pedro Coudrin hace que se nos haga más accesible la respuesta a la pregunta: *¿cómo se integra la identidad SS.CC. dentro del ministerio ordenado?*, cuestión a mi parecer mucho más actual, por el tan comentado peligro

de clericalización y parroquialización de nuestra vida, que la de cómo integrar el sacerdocio dentro de nuestro carisma SS.CC. y que ha sido más problemática en otras épocas.

Quizás el Buen Padre nos ayude a descubrir algún camino. En primer lugar, este problema es de nuestra época. La naturalidad con que Pedro vive de forma integrada su ministerio y su vida religiosa, nos sorprende gratamente. Posiblemente él y su comunidad vivieran de cara a una realidad que superaba toda dialéctica, superándola por radicalización de la pregunta: *¿a quién nos consagramos en la vida religiosa SS.CC. y en el ministerio ordenado?* La manera en que vivió el Buen Padre su ministerio y la forma en que la Buena Madre practicó la Adoración me llevan a mirar al mundo y la Iglesia de su época y de ver en la respuesta de nuestros Fundadores, en concreto, la del sacerdote Pedro, el camino de integración de la llamada a la consagración religiosa y ministerial. Creo ciertamente, que ese “ofrecí mi vida” debajo de una encina a la salida de la Motte, no era un teoría o una intención de la buena voluntad. El Buen Padre, mientras se jugaba la vida, fue encontrando los recursos espirituales para sostener su ministerio en elementos tan diversos como los cantos de los vecinos de Montbernage, marcados profundamente por la teología del Corazón de Jesús y su amor celoso a la humanidad, en el grupo de mujeres piadosas que velaban secretamente el Santísimo Sacramento, en el contacto con otras personas, muchos de ellos sacerdotes, que arriesgaron y perdieron su vida al servicio del evangelio, urgidos por una sociedad deteriorada, necesitada de reparación. Todos ellos tienen en común que les fueron dados en tanto que ofrecía su vida (en línea con la parábola de los talentos). Es decir, el Buen Padre se forjó como religioso SS.CC. ejerciendo su ministerio con pasión. El Espíritu Santo empujó al sacerdote Pedro a ser religioso SS.CC. llevándolo por los caminos de su ministerio.

¿Será que el sacerdocio, vivido en el amor al pueblo de Dios del que somos pastores, más que una yuxtaposición a la vocación religiosa SS.CC., o un mero complemento, es un camino para profundizar en ella, como la experimentó el Buen Padre? Conozco a algún sacerdote que me contaba que el servicio del pastoreo, de la predicación y de la santificación del pueblo de Dios por medio de la celebración de los sacramentos, le hace tener una visión personal más ajustada de la identidad SS.CC.. Las palabras Eucaristía-Adoración, Reparación y Celo, patrimonio espiritual de nuestra Congregación, son ahondadas en el sacramento del orden y cuando son encarnadas por hermanos sacerdotes SS.CC. (y también obispos SS.CC.) son un regalo para la comunidad carismática de hombres y mujeres que formamos. Si bien es verdad que corremos el riesgo de clericalización y de parroquialización, no es menos verdad que estas tentaciones son indicativas de la llamada a vivir el ministerio a la manera del Buen Padre, como una peculiar escuela y hogar de nuestra consagración religiosa SS.CC.

Servir a Dios es morir por él

“Me había hecho sacerdote con la intención de sufrirlo todo, de sacrificarme por Dios y morir si era necesario, por servirlo” (BP). En esta frase Pedro revela sus intenciones respecto a sí mismo como sacerdote: servir a Dios. Lo que le mueve tiene para él unas traducciones concretas en su contexto histórico: sufrir, sacrificarse, morir. No están muy lejos de las consecuencias que padeció su Maestro. Quizás podríamos animarnos, en este año sacerdotal, a identificarnos con su intención de servir a Dios y de preguntarnos qué consecuencias está teniendo en nuestros contextos culturales e históricos ser sacerdotes de los Sagrados Corazones.

En esto de sufrir, sacrificarse y morir hay mucho más de cotidiano que lo que aparenta a primera vista. Parece que el Buen Padre tenía dos cosas claras respecto a las consecuencias inmediatas de su ministerio. La primera es que su tiempo estaba orientado al servicio de los demás: *“En el ejercicio de mi ministerio, me vi encargado de dirigir cuarenta sacerdotes, de hacer retractar otro tantos, de dirigir más de novecientas personas, sin medios de estudiar, y sin embargo casi nunca me ha sucedido de apartarme de los principios”*. Nos da a entender que la sobrecarga de trabajo pastoral no es un mal sólo de nuestro tiempo, y mirando al Buen Padre, quizás el mal no sea la sobrecarga sino la falta de “principios” que hace que los cansancios y desazones sean más un acicate para la queja o para la retirada que un motivo de agradecimiento a Dios. La segunda cosa clara, contenida ya en la primera, es que Pedro sabe que una vocación no la hace fecunda el mucho estudiar, sino el hundir las raíces en la oración: *“No tenía tiempo de prepararse antes de predicar. Sólo hacía oración, y el Señor le inspiraba lo que debía decir”*. Entonces, ¡no preparemos las homilias! No, más bien sepamos situar correctamente el “desde dónde” actuamos y predicamos. No desde nosotros mismos, sino desde lo que hemos escuchado a Dios en el silencio de la oración.

Conclusión

Concluyendo, creo Pedro Coudrin ilumina nuestro sacerdocio SS.CC. en nuestro aquí y ahora desde tres vertientes. La primera, invitándonos a fortalecer nuestra identidad sacerdotal desde el lugar donde decimos “yo”, desde el corazón. La segunda, estimulándonos para vivir nuestro ministerio como escuela y hogar de nuestro ser religioso SS.CC., arrimándonos a la experiencia de Cristo y apartándonos de toda yuxtaposición desintegradora. Y, finalmente, nos anima a clarificar nuestras motivaciones reales y a identificarnos con él en su servicio a Dios y a su Pueblo.

38 años de relación con los sacerdotes SS.CC.:

testimonio de Juan Borea Odría – Perú ⁷

Juan Borea Odría, Perú

Escribir estas líneas significa revisar gran parte de mi vida en una clave de interpretación que nunca se me había ocurrido. Es una revisión con límites y riquezas. El límite principal: ser un testimonio personal, enmarcado en el Perú y su historia de los últimos cuarenta años, y por lo tanto no generalizable. Su riqueza principal: la franqueza con que lo hago y la intensidad de lo vivido y compartido con sacerdotes SS.CC.⁸. También el valor de la comparación, pues mi profesión y mi vivencia de fe me han llevado a interactuar con sacerdotes⁹ diocesanos y regulares.

Mi primer acercamiento a la congregación fue a los diecinueve años; estudiaba en la Universidad Católica y dirigía al equipo de fútbol de un colegio donde Héctor¹⁰ era capellán. Me abordó sin que lo conociera, y me pidió ayudarlo a hacer un retiro. Así llegué a la casa que compartía en la calle Ramón Zavala 243 con Gastón Garatea, José Luis González y varios formandos; luego fui conociendo sacerdotes que visitaban la casa, o cuyas tareas apoyábamos. El grupo se fue poblando con jóvenes que desarrollábamos actividades pastorales, hablábamos de política y de teología, y nos íbamos (sin darnos cuenta) consolidando como comunidad. El crecimiento del grupo obligó a que los formandos se fueran a vivir a otra casa; Héctor quedó solo, y me fui a vivir con él; junto con mis estudios trabajaba como profesor de secundaria, y era militante (luego fui dirigente nacional) de un partido político de izquierda. El cáncer vence a Héctor, quien fallece en 1980. A su muerte un grupo decidimos continuar como comunidad, esta vez con la asesoría de José Luis Ramírez, sacerdote que es el viejo con más espíritu juvenil y temple que he conocido. Ambos, Héctor y José Luis¹¹ ayudaron a consolidar en nosotros un estilo de comunidad autónoma, “laical”, de tipo no

⁷ Si bien el artículo es un testimonio personal, fue revisado y complementado por Adrián Revilla, laico de nuestra comunidad que tiene 39 años compartiendo con sacerdotes sagrados corazones.

⁸ He conocido muchos sacerdotes SS.CC., pero de los que podría decir que conozco más por el tiempo y las vivencias compartidas son: Héctor de Cárdenas, Gastón Garatea, José Luis González, Juan Luis Schuester, Hilario Huanca, Marcos Le Page, Paul Earts, José Luis Ramírez, Hubert Lanssiers, José Serrand, Raúl Pariamachi, Juan Scheepens, Francisco D`Ynglemare, Nicolás Castel, Alberto Chero, Rafael Sánchez Concha, Germán Le Baut, Stanislao Ksperzack.

⁹ Uso el término “sacerdote” para ser entendido por los lectores. Ordinariamente no empleo ese término sino el de “presbítero” o ministro ordenado. Respeto el uso por otros, y no quisiera que divergencias sobre el término impidan comprender el artículo; pero por coherencia personal debo expresar mi posición. No uso este término por varias consideraciones:

a) en la mayoría de culturas el “sacerdocio” ha sido entendido como intermediario entre Dios y la gente común; y ha sido usado para ejercer poder terrenal.

b) En nuestra fe no hay intermediarios, desde que Dios se encarna en Jesucristo.

c) Jesús de Nazaret confrontó permanentemente a los sacerdotes, y en las primeras comunidades no se denominaba así a los que presidían la eucaristía.

d) El lenguaje evoluciona, y el sacerdocio se ha identificado con lo clerical; el clericalismo es una distorsión de nuestra iglesia, de la que debemos liberarnos cuanto antes.

¹⁰ Siempre que me refiero a Héctor hablo de Héctor de Cárdenas ss.cc., religioso peruano fallecido en 1980.

¹¹ Y siempre en trastienda quien ha sido el perenne acompañante de nuestra comunidad, Gastón Garatea.

parroquial, centrada en Jesús y comprometida con los pobres, que continúa viva hasta hoy¹². Trabajé dos años en el colegio SS.CC. Recoleta; en 1984 fundé un colegio privado que se llama “Héctor de Cárdenas” para perpetuar el mensaje de quien considero un Maestro (el colegio, conocido en el mundo educativo con “el Héctor”, tiene 27 años de existencia. Integré desde su fundación la llamada entonces Rama Laical, a la que sigo perteneciendo; y desde hace varios años integro el Directorio del Colegio SS.CC. Recoleta. Esta breve relación ayudará al lector a entender mejor la vivencia que expresaré.

Lo primero que destaco es que los sacerdotes SS.CC. siempre han considerado y tratado a todos como hermanos, sin mostrar ningún sentimiento de superioridad por el hecho de su ordenación. Mi relación y la de otros laicos ha sido de persona a persona; nunca nos hemos sentido ni más ni menos por la circunstancia de tener distintas vocaciones o ministerios; nunca hemos tenido sensación de “sacristán”, de empleados, o similar. Esto obedece a la concepción de servicio que impregna el ministerio ordenado en la congregación, y a la sencillez con que lo viven. Jamás he visto que enarbolan su sacerdocio como un honor o para reclamar un privilegio; sí para estar en el primer puesto del servicio¹³.

Los sacerdotes SS.CC. que he conocido tampoco tienen la preocupación de estar bien con el poder estatal o económico. Son como son, dicen lo que tienen que decir, y no están detrás del poder ni siquiera usando como excusa “adquirirlo para hacer el bien”.

En esta relación de hermanos, hemos vivido mucho la fraternidad en la fe y la amistad. Cuando te encuentras con un sacerdote SS.CC. sientes inmediatamente el afecto, la preocupación por la manera como te está yendo en la vida. Espacio privilegiado es la comensalidad; compartir la mesa, no importa si abundante o escasa, surge casi automáticamente. Y en ese espacio la conversación fluye rica y profunda.

Otro rasgo que se destaca es su intelectualidad abierta, lejos de la actitud dogmática que lamentablemente caracteriza a muchos clérigos. Cuando no coincidimos en ideas, discutimos ampliamente y con calor, pero siempre buscando la verdad; pocas veces he notado cerrazón, y la que he notado viene de las características personales, no de una sobrevaluación de su ministerio. La vida y la realidad concreta son referentes importantes en la cosmovisión de los sacerdotes sagrados corazones, tan importantes como la doctrina. Cuando hay un conflicto entre vida y dogma, han puesto por delante la vida. No quiero decir con esto que sean heréticos o laxos en sus consejos morales; pero sí creo que parten de la enseñanza de Jesús: “el sábado fue creado para el hombre, y no el hombre para el sábado”. Esto es positivo para las personalidades más firmes, pero carece de atractivo para quienes buscan una solución dogmática que les preste la seguridad que no tienen¹⁴.

Su manera de administrar los sacramentos es algo que también los caracteriza. Si bien deben respetar las normas (que nuestra iglesia debiera revisar con urgencia), las cumplen con apertura a los signos que expresan el sentir de la gente; promueven la participación responsable de la comunidad en la liturgia: las eucaristías o el matrimonio que presiden se

¹² Mayores datos de estos dos gigantes de la fe en los libros “Desde la Vida” y “El Vigilante”.

¹³ Esto incluye a los dos obispos SS.CC. que he conocido (Metzinger y Dalle) que fueron lo más alejado del estereotipo episcopal que afecta a nuestra iglesia.

¹⁴ En nuestra época, las congregaciones y grupos que ofrecen la seguridad del dogmatismo suelen tener muchos más adeptos que quienes apuestan por la “libertad de los hijos de Dios” como criterio de orientación moral.

convierten por lo general en celebraciones y no en ritos repetitivos. En cuanto al sacramento de la reconciliación, lo practico con sacerdotes de los sagrados corazones desde hace 38 años; en todos los casos, sientes que te confiesas con Jesús. Su práctica es en este orden: acogerte, escucharte, comprenderte, hacerte comprender tu fragilidad humana, y orientarte para salir adelante.

Hay algo que viéndolo desde fuera y con riesgo de equivocarme arriesgo a decirlo: les cuesta la vida comunitaria; tal vez agobiados por las demandas pastorales y acostumbrados a una fuerte autonomía, el compartir en comunidad se les hace difícil. Muchas veces no se dan el tiempo, priorizan otras reuniones más atractivas política, social o eclesialmente; o viven los espacios comunes con cierta tensión. Comprendo la dificultad de la convivencia, pero siento que allí hay un asunto por mejorar.

Otro rasgo que los caracteriza, es su falta de proselitismo. Algunos podrán considerarlo como virtud y otros como defecto; pero a diferencia de otras congregaciones no suelen estar desesperados por incorporar gente a sus filas. Cuando te relacionas con ellos no sientes que detrás del bocado está el anzuelo, y eso lleva a una mayor confianza.

Por último, quisiera decir que cuando me relaciono con sacerdotes de los sagrados corazones, me relaciono con seres normales, de carne y hueso, que cargan con sus propias cruces y debilidades, pero también con su alegría, su amor por la vida, sus posibilidades personales. No hay la presentación afectada de una falsa dignidad otorgada “por la sotana”, ni el esfuerzo de testimoniar la perfección. Siento que comparto con cristianos que han escogido vivir en una vocación religiosa y un ministerio ordenado, sin por eso renegar de su condición humana.

Y surge entonces la pregunta que muchas veces me hago e imagino deben hacerse muchos de mis amigos religiosos. ¿Por qué siendo tan humanos, tan cercanos a Jesús, no es esta vocación más atractiva para la juventud? ¿Qué ocasiona que cada vez tengamos menos candidatos a ocupar las plazas de quienes van desapareciendo? Creo que es momento que no solo la congregación sino toda la iglesia repense la vida religiosa y el ministerio ordenado con los parámetros del evangelio y de los signos de los tiempos. De esa reflexión tal vez salgan caminos nuevos, creativos, provocadores, que refresquen los conceptos y diseñen nuevos senderos.

El sacerdocio en el P. Mateo

Jan Forma ss.cc.

Reflexionar sobre el sacerdocio, como un don y una vocación en la vida de aquellos que nos han precedido, es una empresa de que merece la pena, ya que es una forma de escribir una historia ilustre de nuestra Congregación. También tiene valor para aquellos de nosotros que hemos recibido la llamada al sacerdocio y para los que son atendidos por este regalo del corazón de Dios.

Me han pedido reflexionar sobre el sacerdocio del Padre Mateo, que murió justo un año antes que yo naciera. Voy a consultar sus escritos para hacer un dibujo, sin duda incompleto, de alguien que añadió gloria a nuestra Congregación, pero que por desgracia se le olvida con frecuencia y cuyos escritos acumulan polvo en nuestras estanterías.

A través de su vida y en su proclamación de la Palabra de Dios, vemos que el P. entiende el sacerdocio como una clara llamada y una llamada a la santidad. Escribió sobre esto en sus reflexiones para los sacerdotes¹⁵, señalando que *"el llamado a ser sacerdote, es un llamado a la santidad. Las palabras 'Cristo' y 'santo' son sinónimas, y un sacerdote es el verdadero Cristo"*.

Por lo tanto vemos que el P. tenía un gran respeto, y hasta un santo respeto, por el sacerdocio, que vio como una invitación íntima a participar en la vida y misión de Cristo. En su pensamiento el sacerdote era, después de María, una obra maestra de la gracia divina, de su magnitud y de su poder. Esto significa que el sacerdote debe tener un transformante y absorbente de amor por Dios, lo que da lugar al hambre y al amor del sacerdote por la oración, entendida como un encuentro personal con el Dios amado. Un sacerdote tiene que buscar constantemente la santidad a través de su experiencia de ser amado por Dios y tratar de retribuir ese amor.

Por ello, el P. decía que *"nuestra vocación al sacerdocio es el amor, porque tenemos que ser santos y apóstoles."* Diciendo esto, sin embargo, el P. hace una distinción muy importante. Él nos llama la atención para ver que *"una cosa es 'creer' y otra, completamente diferente, es 'amar'."* *"No se puede amar sin creer, pero por desgracia podemos creer sin amar. La fe es una luz sobrenatural: el amor es un regalo del corazón, de la voluntad."* Ser sacerdote, significa amar con un amor inmenso, lo que uno cree con fe probada. Siguiendo esta línea de pensamiento, el P. vio al sacerdote como una persona que ama a Cristo apasionadamente.

Leyendo los testimonios innumerables que venían de todas partes del mundo a la Secretaría General de la Entronización, no es difícil ver que la vida y la actividad del P. sobre todo después de su experiencia de Paray-le-Monial, se caracterizaron por una experiencia existencial del amor. Dios lo tocó con su amor para enviarlo a dar testimonio incesante de ese amor y para llamar a otros a aceptar a quien él mismo había descubierto como el verdadero Rey del amor.

En este crecimiento hacia la santidad de la vida, el período de preparación es sin duda muy importante. Hablando de la formación sacerdotal, el P. escribió: *"se puede resumir en cinco*

¹⁵ P. Mateo, *Viens... Suis-Moi !*, Rex Amoris (38)1959, Nr. 1, pp. 11-17.

puntos: la piedad sólida - la humildad en cualquier situación - el espíritu de mortificación - una pureza angelical - y un celo absorbente". En esto se hace eco de San Clemente, cuando dijo que un sacerdote es "*terrenus deus*" - una especie de Dios en la tierra, un intermediario entre Dios y los seres humanos.¹⁶

Dirigiéndose a seminaristas japoneses¹⁷, el P. compartió con ellos su experiencia del sacerdocio. Les dio un perfil del sacerdote en estas palabras: "*No sólo es el orador, que pronuncia las palabras sagradas, sino sobre todo es un 'hombre de oración'*". Estas palabras del P. Mateo encuentran su cumplimiento en su propia vida. Era un hombre de oración y de predicación. Hablando de las cualidades que deben marcar la vida de un sacerdote, es evidente que el sacerdote tiene que ser educado, diligente, perseverante y piadoso. Tiene que tener un profundo amor por la oración, siempre ser sencillo y evitar la excentricidad. Además, el sacerdote debe irradiar alegría, ser agradecido por los dones de Dios, disciplinado, abierto y sediento de sabios consejos. El sacerdote en su relación con Dios demuestra nobleza y dulzura.

Para el P.¹⁸ vivir diariamente el don del sacerdocio le obligó a cultivar una profunda vida espiritual, alimentada por la oración, por el espíritu y amor a la oración, así como por un uso regular del sacramento de la reconciliación. Esta profunda vida interior era el fundamento de su celo y santidad. Él siempre hizo hincapié en la importancia de la oración, es decir, no en la mera recitación de las oraciones, sino en un gusto por la oración, dado por Dios, sintiendo la necesidad de la oración, hasta que se convierta en algo como una segunda naturaleza sobrenatural. El P. Mateo hizo hincapié en que la actividad sin la oración profunda es simplemente un "sonar platillos", e incluso puede ser un gran peligro para el sacerdote y para los que sean confiados a su cuidado. Además, en sus "*Retiros para sacerdotes*"¹⁹, afirma que un sacerdote rezando se sumerge en el abismo sin fin de Corazón de Dios, y él y su vida sacerdotal se renuevan. El sacerdote debe realmente ser un hombre de "gran oración". Su oración se caracterizará por una gran facilidad y confianza.

El sacerdote debe ser también un hombre de profunda humildad²⁰. Esta humildad dará frutos de paz interior. La humildad de espíritu y de corazón es indispensable en la vida espiritual de un sacerdote.

Como otras virtudes que necesita un sacerdote, el P. Mateo nombra el amor al sacrificio, el sacerdote como un amigo de Cristo debe amar la cruz; y la confianza, una entusiasta respuesta espontánea del corazón sacerdotal hacia Jesús. De hecho, la confianza es una prueba de un ministerio sacerdotal ejercido en el amor. El amor y la confianza son, en el sacerdote, sinónimos de relación con Dios; el amor se mide por la confianza. Esto dio origen a aquel celo increíble, que era tan evidente en la vida del P. Mateo. Experimentando el amor de Dios, ardía en celo por conquistar todo el mundo para el reino del corazón de Dios. No podemos olvidar su devoción filial a María y su confianza en ella, especialmente en el misterio de su Corazón Inmaculado. En muchas de sus conferencias y en su vida, el P. fue testigo de la necesidad de una sana piedad mariana, siempre basada en sana doctrina y en el amor a la Santísima Trinidad. Tal sólida piedad le permite y ayuda al sacerdote a sentir con la Iglesia - "*sentire cum Ecclesia*".²¹

¹⁶ P. Mateo, *Viens... Suis-Moi !*, Rex Amoris (38) 1959, Nr. 3, pp. 76-80.

¹⁷ P. Mateo, *To the Japanese Seminarists*, Manuscript, General Archives of the Enthronement, Rome

¹⁸ *Ibid.*, p.7ff; Fr. Mateo, *In the Footsteps of Francis Xavier*, in: *Writings*, 1943 or 1942, Gen. Arch. 65-31, p.2.

¹⁹ Fr. Mateo, *Retreats for Priests*, Rome 1956.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*

Sin lugar a dudas, la fuente de la santidad del P. y de su fecundo ministerio fue la Eucaristía. Solía decir que la forma como se celebra la Eucaristía nos habla del sacerdote que la celebra. Él escribe sobre esto en los *Retiros para sacerdotes* y lo acentúa fuertemente en su *Himno a la gloria de la Santísima Trinidad*,²² donde alabó la majestuosidad de la Santa Misa. En su opinión, el sacerdocio comienza y termina en el Altar. La misa tiene un significado particular en la vocación sacerdotal. En cierto sentido, el sacerdote es la Misa. Sólo en el altar puede ser plenamente sacerdote.

Cuando se dirigía a seminaristas, solía decir: "*antes de que sean sacerdotes para las personas y para su salvación, serán sacerdotes para la gloria de la Santísima Trinidad*". Por lo tanto, la celebración de la Eucaristía es la más noble y la más alta gloria del sacerdote. La Santa Misa también contiene gracia tras gracia para la santificación del propio sacerdote. Allí, el sacerdote también aprende el significado y el inmenso poder de aceptar el sufrimiento. En el sentido más verdadero, después de la Eucaristía, el sufrimiento tiene una verdadera omnipotencia apostólica.

El P. comprendió su vida sacerdotal y el ministerio en términos de servicio total para el Reino de Corazón de Dios. Para él, ser sacerdote significa convertirse en un siervo de la misericordia de Dios, como Cristo mismo inclinado sobre la debilidad humana y la insuficiencia. El sacerdote es también un mediador de la preferencia de Dios por los pobres, los enfermos, los abandonados y rechazados.

El P. fue un sacerdote del Corazón de Dios. Dedicó toda su vida sacerdotal a la difusión de la gloria del Sagrado Corazón y al establecimiento de su reino universal en los corazones humanos. Allí vio la verdadera fuente de su propia santificación y la de los otros. La fecundidad de su ministerio en todo el mundo fue extraída de las profundidades del corazón de Dios.²³ Él creía profundamente que la santidad era el único apostolado y que tenía una responsabilidad por ello. Ser santo es posible en cualquier etapa de la vida y en cualquier circunstancia. Hablaba a menudo de un gran deseo de santidad como un medio muy eficaz de santificación. La fecundidad espiritual del P. Mateo provenía de su amor por la oración, de su alma rebotante de fe, del corazón lleno de celo apostólico y de su profunda vida espiritual, que se enraizaba en Dios mediante la oración.

En conclusión, podemos decir que la vida presbiteral del P. Mateo se basó en una sólida y profunda vida espiritual, una vida de fe y oración. Esto le permitió descubrir el misterio más grande, con su riqueza: *yo os he amado hasta el final... Tomad y comed... tomad y bebed ... Soy yo... hasta el fin del mundo*. Milagrosamente sanado por el toque de amor de Dios, él no conoció el descanso en su ministerio de predicación. Sólo un pensamiento y un deseo habitó en su corazón: que el mundo entero lo conociera, al rey del amor. De esta manera, este hombre, que por Cristo, el Rey del Amor, quería conquistar todos los corazones humanos se formó en la santidad. ¿Fue esta santidad sólo válida para el tiempo del P. Mateo? ¿Es el mensaje de su vida ya irrelevante? El P. Mateo fue un sacerdote-religioso al servicio de los Sagrados Corazones.

²² Fr. Mateo, Hymn of Glory for the Holy Trinity.

²³ Fr. Mateo, *Retreats for Priests*, Rome 1956.

¿Cómo es visto el sacerdote por las diferentes culturas?

Inés Gil Antuñano Vizcaino ss.cc.



Me siento a escribir sobre mi visión del sacerdocio ordenado en Asia, pero tengo que aclarar que mi visión está muy condicionada por quien soy, una mujer de 38 años criada y educada en el post-concilio; y de donde vengo, de España de una sociedad laica y una Iglesia que ha perdido su relevancia social. He vivido los últimos 8 años de mi vida en Manila, Filipinas. En mis años de formación yo aprendí que el ministerio ordenado era eso un ministerio dentro de la Iglesia, un servicio, en la comunión del Pueblo de Dios donde hay muchos y diversos ministerios, todos ellos igual de valiosos e importantes. También aprendí que todos somos sacerdotes por el bautismo y que esta función sacerdotal consiste en la transformación de la realidad, cada cual desde donde se ubica en la sociedad y en la Iglesia. El Presbítero, por el ministerio del orden, en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia a través de los sacramentos es cauce de la Gracia, de la vida de Dios, que transforma el mundo, pero cada uno de nosotros somos cauces de esa misma Gracia de Dios y estamos llamados a la transformación de la realidad a través de otros muchos sacramentos de vida.

En la Congregación también aprendí de mis hermanos, la cercanía, la humanidad, el ser uno de tantos como Jesús, mis hermanos sacerdotes que se hacen pueblo, cauces de la misericordia y la compasión, revestidos ejerciendo de presbíteros o/y más aun simplemente en las relaciones, en la escucha, en el trabajo cotidiano, en las opciones, a veces simplemente con la presencia entre los más pequeños.

Llegar a Asia y concretamente a Filipinas supuso abrirme a un concepto de quien es el sacerdote y de su rol en la comunidad al que no estaba acostumbrada y que en muchos casos hasta hoy me rechina. Filipinas es una sociedad con raíces profundamente católicas, y aunque el porcentaje de observancia dominical es casi igual que en España, como son muchos, los católicos son más y con mayor influencia. En una sociedad y una Iglesia muy estamental y jerárquica. Siento que la comunidad cristiana tiende a considerar al sacerdote como el único o prioritario representante de Cristo, identificado en su sexo necesariamente con un hombre, con más autoridad por llamarse “father” y que necesita recibir honor y reconocimiento, y un respeto distinto al resto de los miembros de la comunidad. Al sacerdote se le “mima” y adula, como figura de poder y de decisión, como separado y distinto, diferente y especial. El cura en su rol de predicador, en la sociedad Filipina tiene que ser un experto en el entretenimiento, se espera que sea ameno, divertido con dotes para la animación. El contenido siendo importante para algunos en muchos casos pasa a un segundo plano y lo que se recuerda son los chistes que contó durante la homilía. Mucho en la comunidad cristiana se centra y espera del cura, que queda exento de otros deberes ciudadanos, necesita vivir en condiciones superiores a sus hermanos para mantener su dignidad “sacerdotal”. Por su rol su palabra y consejo se buscan y a veces se les coloca como jueces de situaciones en las que por falta de experiencia su

palabra es resulta difícil de entender. Eso si al relacionarse con muchas personas y muchas de ellas influyentes el cura se convierte en centro de beneficios y ayudas que encauza en muchas ocasiones hacia otros más pobres.

Echo en falta a menudo en mi realidad de Manila, al cura que trabaja en algo diferente que en la administración de sacramentos, que habla menos y muestra más por sus acciones de Reino. El cura que renuncia a privilegios, aunque a su alrededor se los quieran ofrecer, casi se los impongan. Me falta el cura que sabe acompañar procesos de crecimiento en la fe con visión y proyectos, más que el cura que “dice muchas misas”. Me falta el cura que se identifica con el pueblo de Dios, se siente hermano especialmente de los más pobres y se identifica con ellos y su sufrimiento comprometiéndose con la transformación de la realidad. Me falta la comunidad cristiana que reconoce a Cristo no fundamentalmente en el cura, sino simplemente cada ser humano y especialmente en el sufriente.

Concretamente en la Congregación desearía encontrarme con más hermanos, muchos de ellos que además están ordenados, pero que primordialmente se identifican como religiosos de los Sagrados Corazones no como presbíteros. En Asia fue la primera vez que en mi corta vida en la Congregación donde escuché que había tres estamentos: los curas, los hermanos y las hermanas. Así, en muchas ocasiones nos seguimos identificando, perdiendo a mi modo de ver la inspiración de Jesús que no perteneció a ningún estamento y consideró a todos iguales independiente de su rol o función.

De mis hermanos asiáticos valoro su humanidad, sus relaciones cercanas con las personas y su capacidad de conectar con la vida del pueblo, con su sufrimiento; su deseo de servir, su trabajo muchas veces incansable por la comunidad cristiana. En los países donde los cristianos son minoría, fundamentalmente en India e Indonesia, nuestros hermanos han demostrado en muchas ocasiones el valor de manifestarse y mantenerse a favor de la comunión y reconciliación, en situaciones de persecución y enfrentamiento. Sin embargo a veces siento que el clericalismo y patriarcalismo, “mamado” desde la infancia en la Iglesia asiática, lleva a los hermanos posicionarse en ocasiones más a la defensiva del estamento y menos en búsqueda abierta y libre. Siento que la comunidad cristiana enseñada desde antaño, les coloca por encima en una posición de privilegio y poder. Siento en algunos su miedo a ser diferentes, a romper esquemas y estereotipos siendo primero religiosos y después curas y unos curas cuya primera norma sea el Evangelio de Jesús. Y finalmente siento que su atadura institucional les frena en ocasiones a ser más atrevidos y audaces en responder a la Realidad y les facilita el acomodarse más a lo que se espera de ellos. En cualquier caso yo sigo creyendo en el camino, juntos como hermanos y hermanas, poniendo más hincapié en la misión y la comunión entre nosotros, y esto vale la pena.

El ministerio sacerdotal SS.CC. en un mundo no cristiano

como el Japón

Nelson S. de Souza, ss.cc.



Conocido como "Tierra del Sol Naciente" en el gran continente asiático, Japón es uno de los países más ricos del mundo y tecnológicamente más desarrollados. Los japoneses están entre las personas que más leen y más tiempo ocupan trabajando; pero quizá también el pueblo más agnóstico. Aunque tienen sus grandes referencias religiosas tradicionales en el budismo y el sintoísmo.

Vivo aquí en Japón desde hace un poco más de dos años y he tenido la oportunidad de experimentar lo que significa formar parte de un grupo religioso minoritario. Sí, esta es la realidad de un cristiano cuando se vive en un país como éste.

La historia de la religión en Japón es un largo proceso de influencia mutua entre diferentes tradiciones religiosas. A diferencia de lo que sucedió en otras regiones, donde el cristianismo tomó el lugar de las tradiciones locales, que pasaron a ser entendidas como paganas.

La religión nativa de Japón es el sintoísmo. Tiene sus raíces en las creencias animistas de los antepasados japoneses y se convirtió en un sistema religioso, con santuarios locales a las familias de los dioses y de los tutores.

El Sintoísmo ha preservado su espíritu a lo largo de los años, pero no tiene fundador conocido, ni Sagradas Escrituras ni dogmas oficiales.

De origen chino, el Sintoísmo reconoce un poder sagrado, el "kami", cuya naturaleza no se puede explicar con palabras, y que es posible encontrar ampliamente en la naturaleza en la forma del sol, la luna, tormenta y muchos otros fenómenos naturales. Los espíritus de los antepasados también son considerados deidades tutelares de la familia o del país, lo que explica por qué los ritos funerarios son tan importantes.

El budismo nació hacia el 500 a.C. y entró en Japón en el siglo VI por Corea, a través de la información transmitida por el rey de los Kudara (Corea) al soberano de Nara. Él presentó informes acerca del budismo y sus principios, junto con pedir ayuda en la lucha contra el vecino reino de Silla. En el proceso de transmisión de la información, envió un grupo de monjes budistas cultos, que llevaron a Japón, varios rollos de las Sagradas Escrituras escritas en chino, una imagen de Buda en bronce y otras en madera, y otros varios objetos de culto. Así es como el budismo entró oficialmente en Japón

Sin embargo, la conversión a la nueva fe no se hizo de una manera global o rápidamente. Sólo unos pocos clanes locales adhirieron al budismo, otros se opusieron fuertemente y se

agruparon en dos partidos; así comenzó una serie de querellas, que condujeron al debilitamiento a un país ya debilitado por luchas internas entre clanes. La lucha sólo pudo terminar en el 587 cuando la Corte se convirtió al budismo. El mayor impulsor de esta conversión fue el hijo del emperador Yomei, Shotoku Taishi, que recomendó en su constitución una veneración de Buda. Así proliferaron los templos construidos para albergar las imágenes de Buda. Con el tiempo, hubo una conversión masiva a la religión japonesa nueva y con ella el nacimiento de las sectas, especialmente en Nara, en principios del siglo VIII.

El budismo enseña que la iluminación es la meta de todas las criaturas. Así todos, un día, finalmente la alcanzarán. La doctrina se basa en el "camino del medio", la búsqueda de la moderación en todo lo que se hace.

El confucianismo y el taoísmo son otras religiones que han entrado en el país y que han desarrollado un papel importante en la sociedad japonesa durante un período de más de mil años. Introducido en Japón en el siglo VI, el confucianismo tuvo un gran impacto en el pensamiento y en el comportamiento de los japoneses, pero su influencia se desvaneció después de la Segunda Guerra Mundial. Los japoneses reconocen el confucianismo como un código de preceptos morales más que como una religión.

El cristianismo llegó a Japón por el misionero jesuita San Francisco Javier en 1549. Se extendió rápidamente en la segunda mitad de ese siglo, una época de guerras y de conmoción interior; fue bien recibida por aquellos que necesitaban un nuevo símbolo espiritual, así como por aquellos que esperaban contactos con occidente con fines comerciales o de búsqueda de tecnología, en especial de nuevas armas de fuego. Sin embargo, después de la unificación del país, a finales del siglo XVI, las autoridades suprimieron la posibilidad de nuevos cambios y se prohibió el Cristianismo, como una religión subversiva del orden establecido. Continuó prohibido hasta mediados del siglo XIX, cuando Japón abrió sus puertas al mundo. Se cree que cerca de 30.000 japoneses han sido perseguidos por su fe durante este período. El año pasado, la Iglesia beatificó a 188 mártires, en su mayoría laicos, que fueron torturados hasta la muerte.

Según estadísticas recientes sobre pertenencia religiosa en Japón, el sintoísmo tiene el 51,3%, el budismo 38,3%, el cristianismo 1,2% y otras religiones 9,2%. Entre los cristianos japoneses de hoy en día, los protestantes superan a los católicos.

No obstante esta gran diferencia numérica se puede decir que hay una coexistencia religiosa pacífica. Esta convivencia está garantizada por la Constitución japonesa que declara la libertad de religión para todos, y el artículo 20 afirma que "Ninguna organización religiosa recibirá privilegios del Estado ni tampoco ejercerá autoridad política. Nadie estará obligado a tomar parte en actos, celebraciones, ritos o prácticas religiosas de cualquier índole. El Estado y sus organismos se abstendrán de intervenir en la educación religiosa y en cualquier otra actividad de esta naturaleza".

La Congregación de los Sagrados Corazones está presente en Ibaraki de forma activa en varias ciudades con diferentes comunidades donde se puede vivir la fe. Somos una pequeña presencia de testigos que proclaman el Evangelio, mediante el trabajo en las parroquias, el cuidado de los niños (guardería / escuela) y los grupos de evangelización. Aunque pocos, es grande la participación de los japoneses y de personas de otras nacionalidades. Creo que

poco a poco va cayendo el prejuicio de que el cristianismo es una religión extranjera; ya que sus características agradables facilitan la aproximación.

Nuestra misión en este gran continente representa un enorme desafío: anunciar que Jesucristo es el centro constituye el elemento principal de la evangelización en medio de una sociedad llena de dioses y supersticiones. El anuncio aquí en Asia significa, en primer lugar, dar testimonio de los valores fundamentales del Reino de Dios. Una proclamación que se lleva a cabo a través de la conducta y el testimonio cristiano. Proclamar el Evangelio significa, en primer lugar, tener una actitud de respecto ante otras creencias, actuando con el poder de la gracia

Con mi poco tiempo aquí ya me es posible percibir que en Japón hay un gran campo para la evangelización. El hecho de ser minoría solamente nos recuerda que la mies es mucha y que tenemos que hacer crecer aquí "La Obra de Dios"

El ahora de la noche oscura de la Iglesia

como posibilidad de redención

Arley Guarín Sosa ss.cc.



*“Ha cesado el gozo del corazón,
Nuestras danzas se han trocado en duelo;
Se nos ha caído la corona de la cabeza:
¡ay de nosotros, que hemos pecado!
Por esto está abatido nuestro corazón,
por estas cosas se nublan nuestros ojos.
El monte Sión está desolado
Y los zorros se pasean por él.
Pero tú, Señor, eres rey por siempre,
Tu trono dura de edad en edad”.*
(Lam, 5, 15 -16.18-19)

En el año sacerdotal se me ha pedido que escriba unas líneas sobre algunos desafíos que tenemos que asumir los religiosos ss.cc. en el ejercicio del ministerio presbiteral en el actual contexto del mundo en el que estamos. Vivo el ministerio en un país “consagrado al Corazón de Jesús” que padece un conflicto armado desde hace 60 años el cual ha dejado miles de muertos, campos desolados, aumento progresivo de la distancia que hay entre ricos y pobres, una corrupción política que ha permeado las estructuras del Estado, la polarización hecha por grupos armados ilegales como lo paramilitares y los guerrilleros.

En el contexto eclesial, Colombia es uno de los países más conservadores o anquilosados en materia evangelizadora en América Latina; este conservadurismo se expresa esencialmente en: Clericalismo que considera a los laicos como menores edad a quienes en las comunidades sólo se les dan órdenes para ser ejecutadas. Y en una acción evangélica centrada en la compraventa de los sacramentos que ocupa la mayor parte del tiempo de los ministros. A este panorama poco alentador se le suma el escándalo de la pederastia en la Iglesia y el encubrimiento intencional de estos delitos. Atravesamos un momento de desprestigio eclesial ante la sociedad, de diáspora pastoral y fragmentación personal, propia de la postmodernidad, que situaciones que retan nuestra manera de ser religiosos hoy. En este contexto me pregunto ¿cuáles son los principales desafíos que tienen los religiosos sagrados corazones en el ejercicio del ministerio hoy?

Asumir el desalojo de Dios

Podríamos decir de manera muy simple que en algunos países creer en Dios es un mal. En palabras De Lubac “la cultura predominante se caracteriza por dejar a Dios “respetuosamente aparte”. En ciertos contextos no es tan respetuosa la forma. Una de ellas es el laicismo que rechaza con violencia cualquier expresión religiosa independientemente del grupo que la

profese. Y otra son algunas actitudes de carácter existencial que fragmentan la vida humana tales como: una cultura que promueve la liberación sexual y que hoy se entiende como la disociación entre el ejercicio de la sexualidad y el amor, el intercambio sexual se separa del compromiso; de la mano de esto surge un erotismo ambiental que no se reduce sólo a estimular la pulsión sexual, sino que, además, concentra en torno a ella gran parte de la energía psíquica disminuyendo las potencialidades sociales y preocupación por el otro. Se pasó del rigorismo y del tabú a un permisivismo que no le pone límites al deseo. Pensar en Dios en un contexto así resulta más complejo porque las condiciones de posibilidad para que esto suceda están cada vez más debilitadas.

Esta realidad repercute en la vida del presbítero de muy variadas formas. Una, es que se suele usar un lenguaje “de doble sentido” para promover el humor dentro de la comunidad o en las conversaciones más “gratuitas”. Otra es creer que la castidad en el celibato es un mal o algo que no se puede vivir y, en ese contexto, algunos hermanos presbíteros dejan la Congregación porque “han descubierto que su vocación es la vida conyugal”. En cambio hay otro gran grupo de hermanos que, en medio de un contexto agresivo en este campo, viven su celibato con generosidad. Éstos han logrado establecer una espiritualidad sólida que les impulsa a centrar su vida en la búsqueda de Dios sirviendo a otros. Como afirma Jon Sobrino: *“No se puede ser célibe sin vivir con pasión el ministerio”*. Casaldáliga afirma: *“Será una lucha armada por el Reino”*.

Otra Consecuencia del desalojo de Dios en la sociedad postmoderna es el individualismo creciente. Una de las conquistas de la modernidad fue autonomía del sujeto. Un ser humano no es un número, sino que tiene una singularidad irrepetible. Como sostiene Viktor Frankl *“con cada niño que nace, surge en el mundo un nuevo ser”*. Esta indivisibilidad de la persona fue rescatada. Es un logro importantísimo. Sin embargo el peligro que debemos enfrentar es que del reconocimiento y valoración positiva de la individualidad del ser humano, se pase a la idolatría del individuo que convierte al sujeto en alguien autocentrado con incapacidad de salir de sí y reconocer al otro y al Otro rechazando todo aquello que no le vale, que no le sirve, que no le gusta, que no le va con su “estética”. El individualismo que padecemos hoy surge de un ser humano que mató al Padre para buscar su libertad y ahora se encuentra padeciendo una soledad que lo carcome. La sociedad sin padres que tiene infinitas posibilidades electrónicas es incapaz de comunicarse, de relacionarse, de integrarse en comunidad.

Ahora bien, ante estos datos descriptivos surge la pregunta ¿cómo asumir este desalojo de Dios y las consecuencias que trae en la vida práctica?

Viajar al centro: *“Cuando se marcharon las multitudes, Él se subió solo a la montaña a orar”* (Mt, 14 - 23). Ante el panorama que vive la Iglesia en el actual momento lo peor que nos puede pasar es dar una mirada depresiva, desesperanzadora. Lo esencial para la redención es asumir la pobreza del mundo, la pobreza que somos y ver ahí las posibilidades de Dios que son más profundas que las nuestras. Para lograr esto es necesario adentrarse en uno mismo porque nuestro espacio interior, que llamamos yo profundo, corazón o alma, es lo más universal, es el lugar sagrado por excelencia donde podemos volver a “ver a Dios”. Es allí donde él habla, allí donde todo se cumple, donde surge la poesía en medio de la tragedia, es allí donde el canto se levanta en medio de los escombros y es posible escuchar: *“El monte Sión está desolado Y los zorros se pasean por él. Pero tú, Señor, eres rey por siempre, Tu trono dura de edad en edad”*. Estas palabras del libro de las lamentaciones tienen una belleza

profunda. Proclaman que, en últimas, Dios es más que el templo, más que el monte Sión, más que Jerusalén, más que la realeza sobre la tierra porque todo esto puede hundirse, todo esto se puede acabar, pero hay algo que permanece: Dios reina. (*“Todo se va a pique, me dijo una tía religiosa en su lecho de muerte producida por el cáncer, pero hay alguien que no se daña y a Él lo tienes que buscar”*). Este fue el momento de mi motivación vocacional a la vida religiosa). Israel vive un desgarramiento profundo y es ahí cuando tiene la posibilidad de volver a su centro más profundo y descubrir en él su destino en el mundo.

Si el presbítero de hoy no sube a la montaña después que la multitud se va, su vida se desmorona, se vuelve incapaz de descubrir que, a pesar de la desolación del monte, Dios revela su trascendencia. En cambio si se viaja hacia el centro, cuando en la calle le gritan al presbítero: “curas pedófilos” él puede responder con serenidad: “y..., sin embargo, Yahvé reina”, a pesar de las atrocidades de los clérigos Dios sigue siendo la esperanza redentora de la vida. Si se va al *centro* es posible decirle al laicismo recalcitrante que nuestra soledad ha sido vencida porque estamos buscando a Aquél a quien tenemos en “nuestras entrañas dibujado”, como bien canta el místico Español. Aquí se revela nuestra más profunda verdad – fragilidad sin evasiones y es ahí donde saboreamos al Misterio que nos desborda.

Ser apasionados por la humanidad herida

Cuando se habla de la crisis de la Vida Religiosa con natural razón se sacan a relucir las cifras estadísticas. Se afirma, por ejemplo, los religiosos somos cada vez menos y más viejos. Los jóvenes que ingresan son mucho menos que los que mueren. Pero no se suele mencionar el acomodo de la Vida Religiosa al sistema imperante, al modo de proceder del sistema neoliberal. Cito tan sólo un ejemplo: No se cuestiona que la Vida religiosa se encargó de formar a las grandes élites económicas encargadas de los negocios a gran escala de los países. En Colombia, por ejemplo, los presidentes más corruptos que hemos tenido han sido formados por religiosos. Es decir, los religiosos fundamentalmente se dedican a formar a las clases altas de las grandes ciudades del mundo. Nos acomodamos al sistema injusto donde la educación y la salud son mercancías de diversas calidades, la mejor, será dedicada a los ricos. ¿Será que la vida religiosa dejó de estar con los márgenes de la sociedad para ir a vivir y ser como las grandes élites privilegiadas?

En la descripción de la crisis de la Vida Religiosa suele aparecer más preocupación y más angustia por los problemas de los institutos en su organización interior que por los verdaderos dramas de la humanidad.

Aquí es donde creo que está el principal desafío para el presbítero religioso hoy: Lo que nos tiene que trasnochar, lo que tiene que ocupar nuestras energías, inteligencias y bienes es el dolor, el hambre, la desnudez, la muerte antes de tiempo, el secuestro y la soledad de tantos seres humanos que viven en las periferias del mundo. Muchos hermanos nuestros a cada instante se debaten entre la vida y la muerte y tienen pocas manos que los abracen, sostengan y bendigan en sus momentos - límite.

Nuestro gran reto es redireccionar nuestra sensibilidad, es decir, que al religioso no se le reconozca por la ropa, por la clase social que ocupa, por el poder de mando o dirección que tienen en su instituto, por los bienes de la Congregación que tiene para administrar “desde el voto religioso de pobreza”, sino que se reconozca por su profunda humanidad. Cuando

compartamos aunque sea sólo unos minutos con alguien y que él descubra que ahí, en nosotros, hay algo que no se puede explicar, pero hace arder el corazón como les aconteció a los discípulos de Emaus. Cuando esto sucede la vida Religiosa supera su crisis y se convierte en portadora de Evangelio. Ahí la Vida Religiosa es como una fuerza de liberación, como una llamada a la renovación, como una fuente de ensueño y de creación y también como una inquietud, una experiencia que genera una posible pregunta.

Lo que ha acontecido en los últimos meses en la Iglesia, por un lado nos hace bien, porque muestra que los religiosos en la vida práctica tenemos las mismas tensiones, contradicciones, injusticias que tiene cualquier mortal. Esto nos sana porque nos ubica en una condición inferior a las instituciones exitosas del mundo de los negocios. Asumir esta pobreza significa reconocer que en lo profundo de la Noche oscura aparece una luz redentora que nos ilumina. El misterio nos sigue desbordando, aunque es de Noche. En nuestra enfermedad está nuestro remedio. Ingresar en ella, asumirla y descubrir ahí los rastros del Misterio que se nos insinúa, aquí está nuestro mayor reto en la actual crisis que vivimos en el contexto eclesial y mundial.

N. 21, 2010

Publicado en el sitio web SS.CC.: www.sscpicpus.com

Casa General de los Hermanos SS.CC
Via Rivarone, 85
00166 Roma, Italia
Tel. + 39 - 06 66 17 931
Fax + 39 - 06 66 17 9355
Email : secgen@sscpicpus.com
Email : comunicazione@sscpicpus.com

Casa General de las Hermanas SS.CC.
Via Aurelia, 145
00165 Roma, Italia
Tel. + 39 - 06 63 81 140
Fax + 39 - 06 63 81 013
Email : secgen.ssc@interbusiness.it
Email : secgen2.ssc@interbusiness.it